

BUEN HUMOR

40 Céntimos



EN LA PLAYA

— ¡Mamá! ¡Un cangrejo!
LA MAMÁ (distráida). — ¿De Lista, o de Argüelles?
Ayuntamiento de Madrid

Dib. RAMIREZ. — Madrid.

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES

DEPOSITARIO

URQUIOLA  MAYOR, 1

MADRID

En estos días es cuando
más indicado está el uso
de los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

B A S E S

para nuestro concurso de septiembre

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º Un billete de lotería para el primer sorteo del próximo noviembre.

2.º Medio billete de lotería para el mismo sorteo que el anterior.



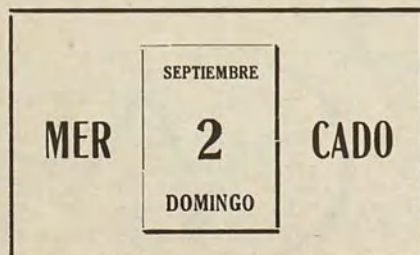
EL LADRÓN. — Si mueve usted un dedo, grito pidiendo auxilio.

(De Life, de Nueva York.)

1. — Torero famoso.

PARA COMER SOPAS SIN RA
CERDO

2. — De astronomía.



CUPÓN NÚM. 1

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de septiembre.

3.º Suscripción gratis por un semestre a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitírsenos reunidas antes del día 10 de octubre, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

En el sobre debe ponerse: Para el Concurso de pasatiempos.

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones del mes de septiembre, insertos

3. — Elemento esencial.

EL REY NO PUEDE MOVERSE
A ROSA
LA NENA DE MI TIO

4. — Charada filipina.

— Yo no te obligo. Si te pones *prima-tercia*..., ¡allá tú!

— ¡Porque *tercia-prima* el cucharón del arroyo, no creo que pase nada!

— Segunda eso debes permitirte en tu estado.

— Ya sabes que en *toda* me atracaba de dulce, y nunca tuve el menor contratiempo.

5. — En el fondo de los mares.

HISPANO AMERICANO URQUIJO
RIO DE LA PLATA CALAMARTE
500 ORIENTE
1000 R NOTA

6. — De la farándula.

RIO
51
ZAPATILLA

7. — Hierba aromática.

DOGO
PE ORIENTE RRO



— ¿Tú crees que se puede querer a dos muchachos a la vez?
— Si ellos lo saben, no.

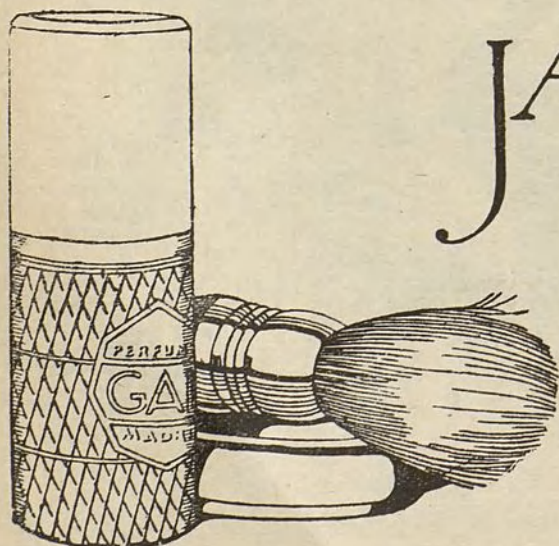
(De London Mail, de Londres.)

A un
hombre
se le
conoce por
su apretón
de manos



Si las estrecha enérgica y expresivamente, concédale Vd. su confianza; la merece. Observará Vd. que siempre es correcto y dá la debida importancia á su buen porte. Si se presenta afeitado lo estará irrepresiblemente. Prosiga Vd. entonces

su información y descubrirá en él á un entusiasta y asiduo consumidor del



JABÓN GAL

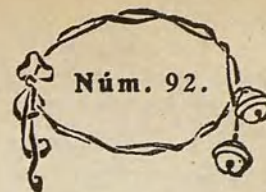
para la barba

Forma en el acto espuma abundantísima, que no se seca en la cara. Suaviza la piel y ablanda en un minuto la barba más dura, facilitando el paso de la hoja. No irrita, siendo innecesario usar desinfectantes después de afeitarse. Una barrita dura más de seis meses usándola diariamente.

Barra, 1,50
en toda España.

Perfumeria Gal.
Ayuntamiento de Madrid

Madrid



LA ROPA

Fué en una playa, hace varios días, donde fui a llevar a mis chicas y a mi mujer, donde me sentí filósofo, y si no me avisaban para comer, aun estoy filosofando.

Era la hora del baño, y unos entraban y otros salían del agua, y, naturalmente, desnudos. Formaban una multitud abigarrada y anónima. Trajes a rayas blancas y rojas, a rayas azules y verdes, a rayas negras y rosa, a cuadritos con redondeles de colores; pero todos trajes de baño. ¿Y qué nos pueden decir todos aquellos trajes, tanto masculinos como femeninos, de la condición de los que los llevan? Es el momento de la igualdad; se han borrado las jerarquías, las clases, los honores. ¿Quién puede ser aquel del traje de punto a cuadros? Puede ser un pintor, un ministro, un ebanista. ¿Y aquel otro del pantalón bombacho? ¿Será un militar? ¿Será un paisano? ¿Será un clérigo? ¡Era un sueño de igualdad que *escatesaba*! La ropa, aquella ropa que nos hacía distinguir a un conde de un farolero, yacía oculta en el fondo de la caseta. Cuando nos desnudamos, dejamos la personalidad en la percha.

Claro que la distinción, la elegancia, el *chic*, eso no desaparece del que verdaderamente es distinguido, es elegante o es *smart*. Hay hombres que andan con un donaire sobre la arena que no pueden negar su cuna. Ahora, que como hay duques con tipo de aguador y aguadores con tipo de duque, ni aun por la distinción es posible conocer la condición de las personas.

Porque desnudados a los actuales prohombres de la concentración liberal, y decidme si quitando a Alhucemas, que es apuesto y distinguido, podríais adivinar que alguno de los otros sea ministro. Acaso, Villanueva, por su carácter... malo. Pero hacedme el favor de desnudar a Romanones, y decidme que os parezca.

Esto, que podríamos llamar el desnudo en la política, hacedlo en otras clases sociales. Desnudad a los dos Cuerpos colegisladores, y no les quedará más que la inmunidad. Poned en traje de baño a los obispos, a los cardenales, y no creeréis en su sagrado ministerio aunque les veáis echando bendiciones.

No quiero sustentarlo en tesis general; pero la ropa es en la vida lo que hace las clases, los hombres y las castas.

Ahora os invito a que desnudéis a las mujeres. Perdonadme la libertad, y decidme cómo distinguiríais a unas mujeres de otras. Hay mujeres gruesas que son delgadas en traje de baño; las hay espirituales que son gordísimas con el traje para zambullirse. Hay algunas que, como los hombres, se distinguen por

sus maneras, por su distinción. Yo estoy por asegurar que en traje de baño es como mejor pueden verse las buenas formas de una mujer.

Claro que hay detalles que, en cuanto se fija uno, le dicen algo de las personas que se están bañando. El otro día vi a uno bañarse con monóculo y a una mujer zambullirse con impertinentes.

En el agua vi hace años celebrarse un consejo de ministros. El de Hacienda braceaba, el de Estado hacía una plancha, el presidente, el Cristo. El único que no estaba en el agua era el de Marina. No podía ver el mar sin accidentarse.

Ante mí se desarrolló un suceso en la playa que no se me olvida fácilmente.

La protagonista era una mujer bellísima, que se bañaba entre doce y doce y media. Al propio tiempo que ella, entraba su marido en el agua, y dicen que tras ellos iba un joven que cortejaba a la sirena.

Parece que ella anteriormente le había hecho cara; pero que, disgustada por el empeño de él, de meterse en el agua al mismo tiempo, el primer día que le vió bañándose le dió calabazas.

Entraron en el mar, como decíamos antes, los tres personajes. Ella gustaba de entrar poco a poco, hasta que una ola rompía en su cabeza. El marido entraba de prisa y se zambullía. El amante, oculto bajo el agua, esperaba al zambullido del esposo, y aparecía radiante de amor en la superficie.

Este juego acuático amoroso se repetió varias veces, hasta que una, el doncel cálculo mal el tiempo, o el marido salió a flote antes: el caso es que los rivales se encontraron frente a frente.

El marido, al cerciorarse de que aquel hombre trataba de mancillarle, se alzó arrogante, fiero, chorreante, y con una gran serenidad dijo a su rival, que permanecía con el agua al cuello, pero digno:

— ¡Caballero! ¡He observado que chapotea usted tras mi mujer hace unos días!



Dib. SILENO. — Madrid.

— ¡Señor mío, recuerdo a usted la libertad de los mares! — contestóle el enamorado.

— ¡No le doy a usted mi tarjeta porque no llevo; pero me llamo Zoilo Aranda, y soy jefe del Negociado de Aguas del Ministerio de Fomento!

— ¡Yo me baño por prescripción facultativa!

— Usted ha querido sacar partido del baño de María.

— ¡Soy linfático!

— ¡Recibiré la visita de dos amigos!

— ¡Bien! — contestó el ofensor fríamente.

Los tres personajes comenzaron a salir del agua. Van chorreando.

La mujer, temblorosa, enjuga sus ojos con la capa de baño que le da una doncella.

Al amante, mojadísimo, se le oye decir desafiante: «¡Nos veremos!»

Al marido, con rabia: «Le voy a dejar a usted seco de un tiro.»

ANTONIO PLAÑOL



— ¿Qué, van ustedes de mudanza?
— No; vamos de novena.

Dib. CEREZO VALLEJO. — Pamplona.

NOTAS DE UN VERANEANTE

DECIDIDAMENTE, NO ENVIDIAMOS A LOS BURROS

Regresábamos de un pinar inmediato a Fonfría, de una de esas que los optimistas llaman «deliciosas excursiones», y que consisten en recorrer a pie siete kilómetros, bajo un sol que asa, para comer arroz con menudillo y alguna tierra.

En un merendero denominado Las Delicias, título absolutamente caprichoso y falaz, nos detuvimos a descansar y a beber unos vasos de cerveza, que nos hubiese parecido caliente, a no ser

por un letrerito que, clavado en un árbol, rezaba:

ZERBEZA ELHADA
CAÑAS 30. — BOCES DOBLES 75

Decimos que el letrado rezaba, y decimos bien: rezaba para que el dios de los letrados le perdonase la falsedad y la ortografía.

A nuestra vera se aplastó un hombre cuarentón y fofa, rapado al cero sesenta y cinco y portando una abultadísima mochila, que dejó en tierra con el clásico «¡Aaah!» de satisfacción. Pidió un vaso de agua y un abanico, miró con un interés casi usurario hacia la carretera, y viendo que nadie avanzaba hizo bis en el «¡Aaah!» plácido y se repantigó en la silla, como hombre que por un instante se ve libre de un grave cuidado.

De un bosquecillo próximo surgió un asno cansino, llevando en sus lomos una excursionista de las que hacen perder la noción del tiempo y la distancia ¡Qué señora, señores!

Morena ella, en lo que podía verse, que era bastante...; con unos ojos más negros que la sala del Ideal en noche de moda; unas extremidades superiores, superiores, y tan superiores como las superiores las inferiores, y unos pies mucho más breves que las vacaciones de un periodista, aquella dama era la vigésimoquintaesencia del vértigo, caballeros.

No nos pudimos reprimir, y clavando los ojos en el asnillo, que caminaba con cierto orgulloso vaivén, exclamamos: «¡Quién fuese burro!»

El cuarentón fofa saltó como si le hubiesen picado y banderilleado.

— ¿Qué ha dicho usted?

— ¿Cómo?

— ¿Que qué insensatez ha dicho usted?

— ¡Caray, caballero! Ha sido un arrebató... La admiración que la señorita del asno nos produjo...

— ¡Desdichado! Una exclamación pareja, lanzada en este mismo sitio hace diez y siete años, fué el origen de mi ruina... Como ustedes, exclamé al paso de una excursionista, que cabalgaba en un jumento: «¡Quién fuese burro!»..., y Dios me escuchó.

— ¡Caballero!

— ¡Le juro a usted que me escuchó!...

En este instante irrumpió en el merendero una matrona gorda y bigotuda, con un chico en brazos y un canasto repleto de cacharros. Se encaró con nuestro hombre, que al verla llegar livideció, e increpóle:

— ¿Para esto querías adelantarte, cacho de atún?

— ¡Atanagilda, por tu padre!

— ¡Ya te estás poniendo la mochila! ¡Coge en brazos a Menelaito! ¡Métete el cesto debajo del brazo! ¡Arzal! ¡Como pares antes de llegar a Sietepicos, te masco el páncreas!

El pobre hombre obedeció sumiso y arrancó cansino y pacienzudo, agobiado bajo la triple carga, seguido de cerca por la mujer arriero.

A lo lejos, la morena caliginosa y cabalgante nos sonreía propicia, incitante, desde el asnillo...

¿Quién fuera burro?

¡¡P' al gato!!

F. RAMOS DE CASTRO

NUESTRAS ARTISTAS DIBUJAN Y ESCRIBEN

UN ARTÍCULO DE JACINTA ALENZA ILUSTRADO POR ELLA MISMA



Esta graciosa chiquilla, la más joven de las actrices españolas, que en la pila recibió de su padrino, el maestro Benavente, la sal más fina, y que durante sus actuaciones en el teatro de Lara, interpretando comedias y cantando cuplés como «fin de fiesta», ha sabido ganar ya el halagador aplauso del público y de la crítica, nos envía esta primicia de su ingenio en el hábil manejo de la pluma y el lápiz.

Tal vez estas mis primeras líneas resulten al lector demasiado pueriles. Están tomadas de una realidad y, al transcribirlas, he sentido miedo, pensando que han de aparecer en BUEN HUMOR, que, como ahora se dice, es una cosa muy seria.

LAS BÁSCULAS TOL'EDO

I

El desgraciado comerciante que pone en su establecimiento, para llamar la atención del público, una báscula Tol'edo (sin resorte, peso exacto) para las personas, no sabe los grandísimos disgustos que esta innovación puede ocasionarle.

Una niña *bien* entra con su mamá en un establecimiento, pongamos *charcuterie*, o sea una tienda ajamonada, en la que se vislumbra la brillantez dorada de la báscula. Mientras la mamá compra, la niña resuelve un problema. Se detiene, mira y observa, medita largo rato, y acaba por abrir la cartera, después de un gran esfuerzo, y sacar una moneda de diez céntimos. Se detiene otra vez (¡y lo que te rondaré, morenal), y, por fin, después de hacer un gesto *berlinesco*, suelta la *gorda*. La manilla comienza a girar, penduleando desafortadamente. Ante momento tan solemne, la mamá suspende su compra y va al lado de la niña con la más viva emoción reflejada en su semblante. Mira con terror a la manilla que oscila, como



si viera en ella al casero en el último de mes. Se detiene, suspira, y al calmar sus veloces ímpetus la aguja, exclama sentenciosamente:

— ¡Esta báscula *está mal*!

Ya la niña es presa de una fuerte excitación. Mira a todas partes con ojos espantados; luego quiere ver si puede sacar la perra del interior de la báscula.

— ¡Sí, sí!... ¡Esta báscula *está mal*!

El *charcutero* frunce el ceño, con un gesto *santacanesco*, y la báscula frunce la manilla, como mostrándose ofendida por esta exclamación.

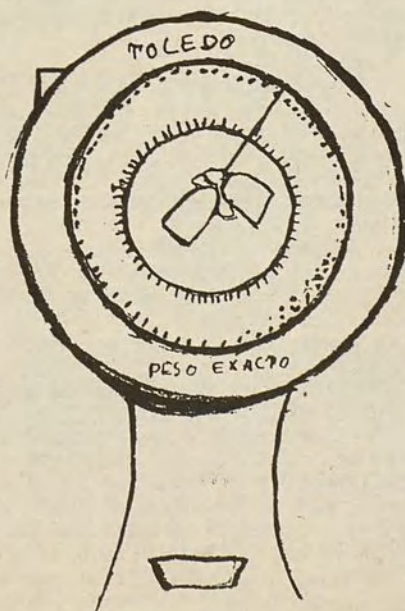
— No puede ser, señorita — dice el tendero, procurando desvanecer con una sonrisa tranquilizadora toda la borrasca.

— Sí, sí — insiste la niña ferozmente. — ¡No es posible que yo pese treinta y ocho kilos si el mes pasado pesaba treinta y uno!... ¿Voy yo a engordar siete kilos en un mes?... ¿Verdad, mamá, que no es posible?

— No, no es posible — dice la mamá con entereza.

— Me sobran doce kilos. ¡Yo que estoy en plan de adelgazar!... No puede ser. Me voy a pesar en todas las básculas de Madrid, y, si el peso es exacto, me suicido. ¡Sí, me suicido!

Al acabar estas frases hace un mutis como para que le llamen a saludar.



La madre, aterrorizada por lo culminantísimo de la tragedia, sale detrás de ella, gritando:

— ¡Hija mial... ¡Hija mial...

Naturalmente, dejan sobre el mostrador lo que habían pensado comprar, y el desgraciado comerciante tiene que entretenerse en ir desatando los paquetes.

II

Hemos leído en los periódicos el suicidio de una señorita que pesaba treinta y ocho kilos junto a una báscula Tol'edo de un almacén de ropa blanca.

III

Recomiendo a los comerciantes, si quieren vivir felices, que no pongan en sus establecimientos básculas Tol'edo (sin resorte, peso exacto).

Por lo menos, si caen en esta tentación, cuando el cliente vaya a pesarse, deben preguntarle distraídamente.



IV

Hay ciudadano que se coloca en la plataforma con un gesto de terror panico.

— ¡Caramba, qué bien: cincuenta y seis kilos nada más!

Y se vuelve a su señora diciéndole:

— ¡Hortensia, dame al niño, para ver cuánto pesa; lo cogeré en brazos y nos ahorraremos la gorda consiguiente.

El buen señor coge al niño y la manilla gira hacia atrás. ¡La catástrofe! Ahora, con el aumento de la criatura, la báscula marca veintidós kilos y cuatrocientos gramos.

EL BAR

1. — Cuando entré, en un tono agresivo, un camarero de cejas espesísimas me preguntó:

— ¿Es la primera vez que viene usted aquí?

Y como respondiese afirmativamente, se acercó al duño, que despachaba en el mostrador, y le dijo:

— Mucho cuidado. Es la primera vez que viene.

2. — Al tomar asiento dirigí mis miradas por el recinto. Enfrente, un cartel sujeto por cuatro poderosos clavos rezaba: «Aquí no se fía hoy, ni mañana, ni nunca.» Otro, medio metro más abajo, decía: «Prohibido llevarse los muebles de los sillones.»

Levanté las faldas de la banqueta y los vi, sin voluptuosidad alguna, que estaban majestuosamente arrollados en espiral.

3. — Di dos palmadas tímidamente imperativas, y el camarero de las cejas espesas se me acercó con un gesto de inquietud en el semblante.

— ¿Qué desea usted? — me dijo mordiendo las palabras.

Y yo, ingenuamente,

— Una taza de café — repuse.

4. — Pasaron tres cuartos de hora. Al cabo de ellos apareció en el umbral de una puertecilla sujeta con visagras a una de las jambas, no para girar mejor, sino para no ser robada.

Juraría que estaban sus cejas más apelmazadas que nunca sobre los ojos

hundidos, y que éstos me miraban provocativamente.

5. — Vino a mí. Sacó de su faltriquera un plato de aluminio agujereado en su centro, y lo colocó en la mesa sujetándolo fuertemente a ella con un tornillo de pavorosas dimensiones.

Después limpió cuidadosamente con su mandilón la cucharilla y la unió a una de las patas de la mesa con gruesa cadena de hierro.

Entonces me dijo:

— ¡Júreme usted que no trae lima!

6. — Satisfecho de mi respuesta, rotundamente negativa, marchó al mostrador en busca de la cafetera, tornando su cabeza de vez en cuando, como si temiera sorprenderme en flagrante delito de roto.

El mostrador se hallaba situado a escasa distancia de mi banquillo. Yo oí el diálogo que mantenían en voz baja dueño y camarero.

EL CAMARERO. — Quiero la cafetera para servir a ese parroquiano.

EL DUEÑO. — ¿No me engañarás, malo?

EL CAMARERO. — No, señor.

EL DUEÑO. — Bien; pues, entonces...

Pero no, no, no. Págala por adelantado, dame fianza de que no huirás con ella, de que no te la beberás en el camino...

7. — Al gozar con sus manos del tibio calorillo que irradiaba su seno, su actitud salvaje modificóse. Yo le vi sonreír en el trayecto. Pero apenas topó conmigo, murió en flor su sonrisa. ¡Y qué

fiero se mudó su semblante y qué temible!...

8. — Sobre una mesa adjunta a la mía manipuló con una jeringuilla. Luego, con ella y la cafetera en la mano, se me acercó. El contenido de la última había pasado al cilindro de la primera. La extremidad inferior de ésta se apoyaba en el fondo de mi taza, que se llenó a poco de un líquido negruzco y humeante. café, de creer las palabras del camarero.

— ¡Pague usted! — ordenó éste en seguida —. ¡Pague usted!!

Yo le di treinta céntimos y diez de propina.

Con su diestra sostuvo la jeringa, y examinó con su otra mano las monedas.

— Esta es falsa — afirmó —. ¡No la quiero!

— ¿Falsa?

— Sí; extranjera.

— Pues tome ésta.

Y le arrojé otra, displicentemente.

— ¿Va usted a burlarse de mí? ¿Por qué me la da mellada? ¡No sirve!

Al hablarme así, sus cejas se erizaban.

— ¡Otra, he dicho!

— Bien, hombre, bien. Se la daré.

— Es que si no... — rugió amenazante.

— Si no, ¿qué? ¿Qué iba a pasar? — repuse fingiendo desdenar sus bravatas.

— Mire.

Y con la jeringuilla fatal absorbió el líquido de nuevo.

9. — Una vez en la calle tuve curiosidad de conocer el nombre de aquel bar. Y vi que se intitulaba La Confianza.

JOAQUÍN CALVO SOTELO

El toro ha tomado una vara. El caballo se destripa por un lado, el picador rueda por otro, después de haberse dado dos golpes en la nuca contra la barrera. (¿De qué serán los picadores? Sería curioso averiguarlo. Siempre caen de un modo aparatoso y nunca les sucede nada. Otro cualquiera de nosotros, se cae de cabeza desde un caballo, y no es fácil que lo cuente a su descendencia. En la composición orgánica del picador debe de entrar el cemento armado en gran proporción.) El revuelo en el ruedo es terrible. Un torero cae por el suelo de resultados de una cornada, y otro, al hacer el quite, es enganchado por una ingla. Varias señoras se accidentan. Entonces el aficionado de valor frío se pondrá en pie, desde la fila doce del tendido, y dirá, llevando la tranquilidad a nuestros ánimos:

— ¡No es nadal... ¡No hay cuidado!... ¡No asustarse!...

El lo sabe bien. No hay que temer. Podrán los toreros estar asustados porque tengan clavado un cuerno en el vientre; pero, en cambio, esta pasmosa

serenidad emociona de un modo profundo.

Aquel hombre lo dice. No pasa nada. Varios hombres a la enfermería, alguno muerto. Pero consideremos qué hubiera pasado si no llega a estar él en la fila doce para imponer serenidad con valerosa sangre fría.

Son hombres así los que necesitamos.

Son los mismos que van a la estación a despedir a los soldados que van a la guerra y gritan llenos de un inflamado patriotismo:

— ¡Viva España!... ¡Vivan los soldados!... ¡No temed!... ¡Valor, muchachos!... ¡La patria os necesita!... ¡No temáis al sacrificio!...

Los soldados, con estos gritos, se animan un poco y salen para la guerra estéril, en los campos secos, bajo el sol que quema...

El entusiasta va a cenar a su casa. Le espera la sopa humeante. Después irá a la nocturna, porque torea los *Charlots* y un chico nuevo que viene a quitar muchos moños...

José LÓPEZ RUBIO

LAS FORMAS DEL AMOR

POCHO ESTA MUY ENAMORADO

PERSONAJES. — *Chuli*, diminutivo de Berenguela; diez y ocho años, muy bonita, exageradísima en el vestir; lleva un traje que le arrastra de largo y un escote tan grande que se le ve por él la cintura. *Pocho*, diminutivo de Gregorio; veinte años, posee una cara de besugo que tira de espaldas, que tira de espaldas y fractura la base del cráneo. *Madame Pérez*, una carabina que, por lo vieja, es de chispa y que asiste al comienzo del idilio de los dos nenes bien.

En una chocolatería situada en una calle madrileña muy céntrica, a las siete y media de la tarde de un día de otoño.

Chuli (a *Madame Pérez*, con quien está sentada ante una de las mesas). — Ese pelmazo no va a venir. Me está haciendo pasar el Japón e islas adyacentes...

MADAME PÉREZ. — ¿Pero espera usted a alguien?

CHULI. — Usted debe de ser tonta del canotier... ¿A qué iba a estar yo aquí, más aburrida que una higuera, si no esperase al idiota de Pocho?

MADAME PÉREZ. — ¿Tiene que darle algún recado?

CHULI. — Le he citado a ver si le engancha.

MADAME PÉREZ. — ¿Engancharle?... ¿Y para qué?...

CHULI (que, como casi todas las niñas bien, es muy chula y habla a tras-tazos). — ¡Anda la osa blanca! Pues para casarme.

MADAME PÉREZ. — ¿Está usted enamorada de él?

CHULI. — ¡No, hijal! Pero es que ése tiene mucha pastizara mineral catalanense, que es lo que priva.

MADAME PÉREZ (horrorizada). — ¡Jesús!... En mis tiempos...

CHULI. — ¿Se quiere usted callar? En sus tiempos eran todos más cursis que una película italiana.

Pocho (entra succionando el puño

del bastón y trenzando un complicado paso de baile. Al llegar junto a *Chuli*). — ¡Hola, estúpida!

CHULI. — ¡Hola, imbécil!

MADAME PÉREZ. — ¡Qué sinceros son!

CHULI. — Estaba ya negra de esperar.

POCHO. — Ya sé que tienes el corazón bamboleado por mí.

CHULI. — Eres más tonto que un minué.

POCHO. — En punto a memez tienes tú medalla de oro. ¡Mozol! Tráigame algo fresco para abreviar. (Una pausa. *Pocho silba una cancioncilla en boga*.)

CHULI. — Bueno, ¿y qué me cuentas? (*Pocho sigue silbando*.) ¿Eh?

POCHO. — Que me aburre este plan. Otra vez que me cites, cítame en el Real Cinema; allí hay *jazz-band* y puedo hacer el bestia con Machucho y Chirrin, que no faltan ningún día.

MADAME PÉREZ. — ¿Y qué hacen ustedes?

POCHO. — Pataleamos, hacemos el *claxon*, cantamos una canción igorroto y ladramos. En eso soy el as. La otra tarde me decían que Machucho ladraba mejor que yo... ¡Vamos, me indigné!

MADAME PÉREZ. — Los hay muy mal-dicientes.

POCHO. — Envidia que se les rezuma. Fijese, y juzgue: ¡Guau, guau!... ¿Qué le parece? ¡Guau, guau!

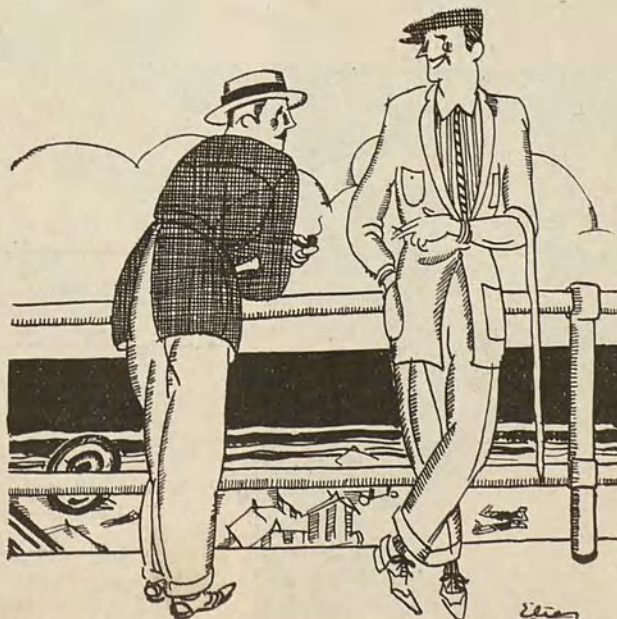
MADAME PÉREZ. — Por Dios, cálese, que van a entrar los laceros.

CHULI (brillantes los ojos de entusiasmo). — ¡Eres el más grande, chicol!

POCHO. — Machucho es un desgraciado que no sabe ladrar.

MADAME PÉREZ. — ¿Y usted lo hace muy a menudo?

POCHO. — Bastante, para no perder



Dib. ELÍAS DÍAZ
Gijón.

— Ayer me presentaron a monsieur Dunod. Es un francéssimpatiquísimo y un caso único. Figúrate, francés, y no está condecorado con la Legión de Honor.

facultades. Esta noche me voy a hinchar de ladrar en la Comedia: hay estreno.

CHULI. — ¿Vas solo?

POCHO. — Si fuera solo, ¿cómo iba a burrear? Voy con cinco o seis cafres amigos. En el segundo acto pensamos cantar la canción igorroto. ¿No la conoce usted?

MADAME PÉREZ. — No...

POCHO. — Se la ha sacado Pichichi de la cabezota, y dice así. (*Avallando fieramente*): ¡Majáu, majáu, majáu, au, au, jopatí, jopatí, rea, rea, rea, marra-jáu, tras, tras, jobitarrigáu, majáu, majáu!... (*Riendo fuertemente*). ¡Vamos a tener un llenol Nos conoce todo el mundo y nos llaman la cuadrilla de los hotentotes.

CHULI (*orgullosa*). — ¡Hay que ver, qué bien!

MADAME PÉREZ. — ¿Y no escuchan la comedia?

POCHO. — ¡Ahí va; pues vaya un plan!

CHULI. — Pues sí que iba a ser una diversión ir al teatro para escuchar la comedia... Usted vive en los tiempos de Narváez.

POCHO. — Esta carabina es genial.

CHULI (*mirando a Pochó con arrobo*). — ¡Qué salvaje eres, Pochó!

POCHO (*sonríe con agrado*). — ¿Qué vas a hacer mañana?

CHULI. — Por la noche tenemos Princessa; por la tarde, Ritz. ¿Irás?

POCHO. — ¿Para tener que bailar con las grullas que van allí?

MADAME PÉREZ. — Puede usted bailar con la señorita Chuli.

POCHO. — ¿Usted no sabe que somos novios?

MADAME PÉREZ. — No lo había notado.

POCHO. — Pues a la vista está. Y mientras sea novio de esta mema, no podemos bailar juntos.

MADAME PÉREZ. — Pero ¿por qué?

CHULI (*muy contenta*). — Porque eso es cursi.

MADAME PÉREZ. — ¿Y cuando se casen?

POCHO. — ¡Menos!

MADAME PÉREZ. — ¿La señorita tiene que bailar con otros?

POCHO. — ¡Claro está! Ella baila con Machucho, que, como es vascongado y tiene mucha fuerza, la coge como si fuera de miraguano. ¡Había que verles el otro día en el paso del camello! ¡No se les veía la pegadura! Me reí yo más...

CHULI. — Es que Machucho es único haciendo animaladas.

POCHO. — Tiene mucha gracia Machucho. Ayer me decía: «Chico, tu novia está bestial. Tiene la carne más dura que la Cibeles...» ¡Ja, ja! (*Ríe muy regocijado*). ¡Qué golpes tiene Machucho!

MADAME PÉREZ (*aterrada*). — ¡Pero Dios mío!

CHULI. — Machucho sabe eso, porque como se ciñe más que un maillo!

MADAME PÉREZ. — ¡Oh, oh!

POCHO. — Es brutal. Bueno, me voy, que me aburro. (*Se levanta*). Ya pagarás tú.

CHULI. — Sí, hombre. Hasta mañana.

POCHO. — Adiós, estúpida. (*Pochó hace mutis, succionando el bastón, como entró*).

CHULI. — ¡Ay, qué contenta estoy! ¡Qué contental! ¡Ya le tengo enganchado!

MADAME PÉREZ (*que en dar la razón a Chuli ve la estabilidad de su sueldo*). — Ese muchacho está enamoradísimo de usted...

CHULI (*gozosa*). — ¡Está enamorado como una mula!

TELÓN

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. CORONADO
Madrid.

EL SEÑOR. — A mí, nada; es aquí.

EL CAMARERO. — ¿Y usted?

EL SORDO. — Yo, lo mismo que el señor, ¿sabe?... Pero con muchas patatas...

A la mitad de la corrida

En una de las más renombradas *ermitas* del estuche de la Giralda, (a) Sevilla, la del señor Curriyo el Largo, en una hermosa tarde de feria, el compare Frasquito y el compare José, ante sendos chatos de riquísimo Montilla, sostienen muy animado diálogo, que no debe de ser poco interesante, a juzgar por el tiempo que llevan en él, que incluso les hace — ¡oh prodigio! — que se olviden de los desnarizados y mudos testigos.

Por fin, el compare Frasquito lo da por concluido, al parecer muy satisfecho.

— Conque... lo dicho: si logramos vendé a *Babiaca*, mañana vemo osté y yo ar *Chavá*; pero que en barrera.

— Compare, zi ezo e azina, le prometo una zeviyana con lo pie en un brete. Se despidieron y el diálogo finó.

Son las cuatro y media de la tarde; el pañuelo blanco se acaba de izar; rompe un pasodoble valiente y sandunguero, y chispean las luces de las cuadrillas.

Hecho el trato, el compare Frasquito y el compare José, según lo prometido por el primero, ante dos barreras del 1, remojan por primera vez la garganta con el contenido de una estupenda bota que huele a manzanilla desde Huelva.

Y salió el tercero, *Pelotari*, número 64, de Miura, negro zaino, listón, capirote y ojo de perdiz. Y al último tercio desplegó la flámula ante el morucho un mocoso de apenas diez y ocho años: el *Chaval*.

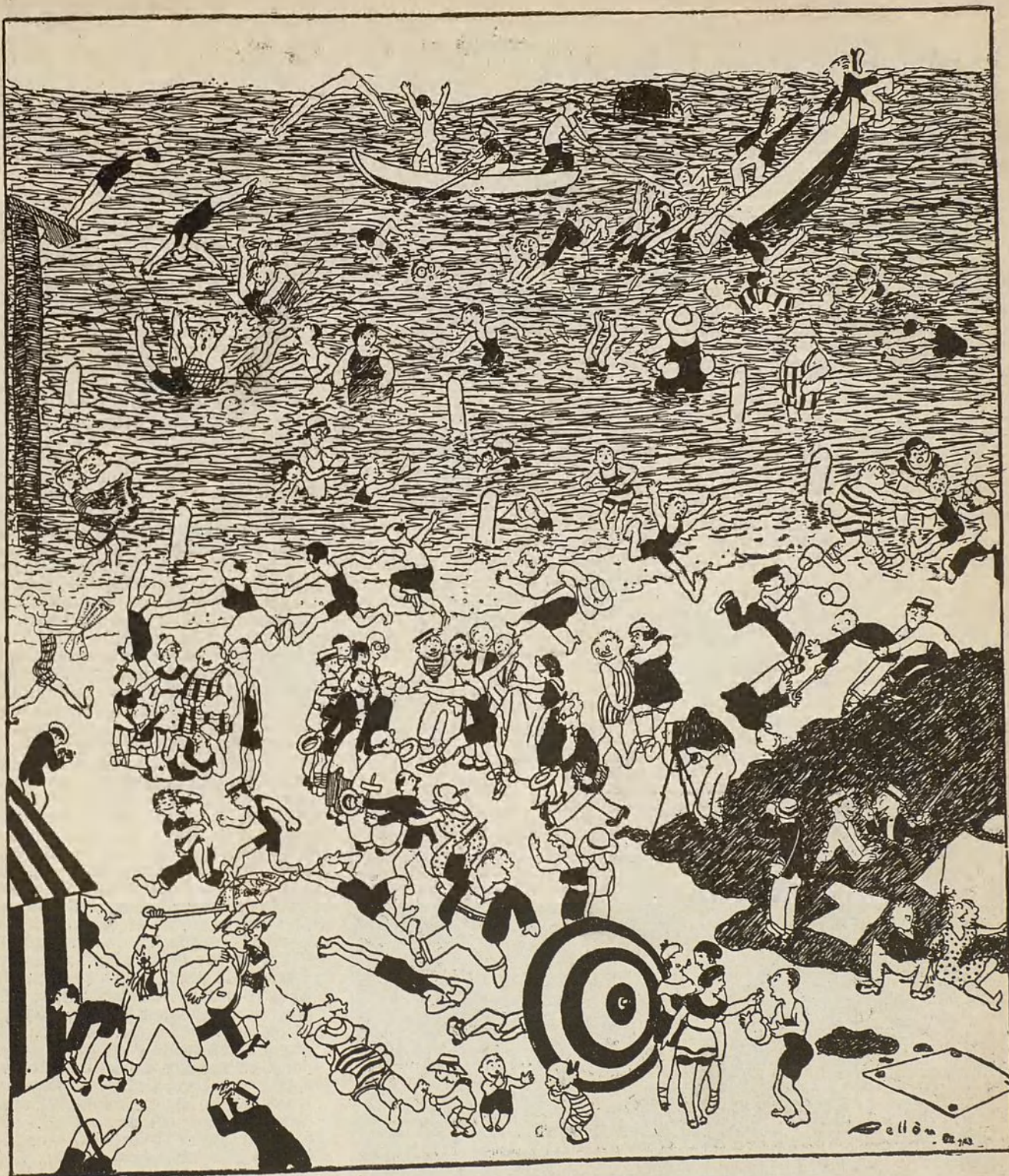
En pie, con el sombrero en la coronilla, la chaqueta desabrochada, los brazos en alto, y ya no rojo, negro, el compare José, ante aquellos soberbios naturales, y aquel ligado de pecho, y aquella gracia y finura y canela y salamatruqui, no cesa de gritar: «¡Ole!... ¡Viva tu mare, y tu pare, y hasta tu cuñao er tuertol!... ¡Azí z'atorea, mi niño!...» Y golpe de bota, que ya está más floja de lo que quisiera. Silencio absoluto: el *Chaval* se perfila, arranca en corto y por derecho, despacio. Un ¡ay!..., luego..., un toro que rueda hecho una pelota, y después..., después el desgarrabiten: sombreros, puros, corbatas..., ¡hasta un corsé! Todo cayó al ruedo. Aun era poco, y el público se tiró a la arena, y a la mitad de la corrida empezó a pasear triunfalmente al héroe.

El compare José se puso entonces muy triste. El compare Frasquito le mira estupefacto y le dice:

— Pero ¿qué e eso, compare e mi arma? ¿Cómo no baja osté a darle la vuelta ar rueo?

— Po eso e mismitamente lo que m'entristese, compare e mi vía. ¿Cómo quiere osté que le de la vuelta al rueo, si e el rueo er que m'está dando vuelta a mí?

ELOY MUÑOZ MARTÍ



Dib. BELLÓN. — Madrid.

UNA PLAYA (o el sueño dorado de los que veraneamos en Baden-Baden).

"BUEN HUMOR" EN PARÍS

CRÓNICAS ABSOLUTAMENTE VERACES DE UN VIAJERO REGOCIJADO

XLVIII

Interrumpí mi crónica anterior en el momento álgido, cuando me había puesto a hacer más luminosas disertaciones acerca del peregrinísimo calificativo de *sage-femme*, o de mujer sabia, con que aquí designan, porque les da la real gana (o dicho mejor, porque les da la gana republicana), a las señoras comadronas en ejercicio. Habíamos quedado conformes, ustedes y yo, en que resulta excesivo y poco modesto, sobre todo, que una dama especialista en partos se llame y se deje llamar mujer sabia y se quede tan tranquila. ¡No, señores tocólogos parisienses, no...; yo no puedo pasar por eso sin protestar! En mi país no hay luz, o, para que ustedes se enteren mejor, hay muy pocas luces; pero todavía no nos hemos atrevido a llamar *sages*, ni siquiera *femmes*, a las honorables individuos que nos ayudan a bien nacer. En España no comprendemos más mujeres sabias que D.^a Carmen de Burgos Seguí, alias *Colombine*, D.^a Catalina Bárcena y la mamá de *Chelito*, si bien esta última es admiradora ferviente de ustedes y lamenta que ustedes se encuentren tan lejos, a pesar de lo cual les advierto que sabe latín y no tiene nada que envidiar a la que de ustedes posea más vastos conocimientos

ni a la que resuelva los más intrincados problemas.

Lo que pasa es que en España nos da vergüenza decir que tenemos talento, y hasta hay algunos que llevan la cosa hasta el extremo de que lo disimulan tan bien que nadie lo sabe; y ahí está el caso de La Cierva, que no me dejará mentir. Sólo hay una clase de sujetos que no tienen inconveniente en propalar su sabiduría, y quizás por esa soberbia presunción los tratamos mal: son los *monos sabios*.

Y, sin embargo, estos apreciables caballeros han realizado a veces sensacionales prodigios, muy parecidos a los de las señoras comadronas.

Yo sé de un picador que gracias a una profesora en partos pudo nacer con toda facilidad; pero un buen día, en la plaza de toros, gracias a un *mono sabio*, que estuvo al quite, nació otra vez...

Y, en cambio, aquí en París sé de una *sage-femme* cuya especialidad no viene al caso; pero que el que confíe nacer con ella, aunque sea una vez sola, está apañado.

A pesar de lo cual tiene tal clientela, que la puerta de su casa parece una carpintería de lujo.

O lo que es lo mismo, que todos los días hay cola nueva.

XLIX

Desde que en París se hizo popular la filosófica canción *Mon hommel*, hay una de ladrones que quita la *tête*. No es fácil de explicarse la causa; pero según me ha dicho un *garçon* del *café Legeron-Vetzel*, pasa siempre lo mismo en cuanto se estrena un cuplé o un baile apache y el público comete la inoportunidad de pedir la oreja para el autor. Cuando se hizo popular la *Valse brune*, hubo en un solo distrito de París siete broncas, tres delitos de lesiones leves, dos causas por disparo de arma de fuego, una fuga de una aprendiz de modista y un incendio intencionado en una fábrica de pasteles. El susodicho *Mon hommel* ha servido para que roben en una joyería, para que desvalijen a un súbdito turco (a quien el juez, por ser turco, no le creyó) y para que un matrimonio ruso no pague la cuenta en el hotel donde yo me hospedaba ahora, lo cual ha dado lugar a que echen a la calle al matrimonio ruso, y de paso a que me anuncien a mí que me echarán también como siga pagando en la forma anómala en que suelo verificarlo en todos los hoteles parisienses que honro con mi presencia.

Pues bien: esta mañana he asistido a una escena que me ha conmovido profundamente, y que demuestra que la fiebre robadora no ha cedido ni medio grado y que los *amateurs* de las incautaciones violentas siguen ejercitando sus excelentes dotes con un éxito que para mi literatura quisiera yo. En la *rue Saint-Martin*, y a la puerta de una tienda de *antiquités*, he visto con sorpresa un corro, en el centro del cual lloraba, con mucho más arte que la Palón en los dramas de Sassone, el dueño de la tienda y de las *antiquités*. El corro trataba de consolarle, aunque algunos se reían por lo bajo, por cuya razón me permití juzgar al corro, y lo juzgué severamente. Pero, en fin, dejándome en seguida de juicios, procuré averiguar la causa de la estrepitosa *peorra* del atribulado anticuario, y vine en conocimiento de que unos ladrones acababan de llevar a efecto la expropiación forzosa de un bello grupo de *Las Tres Gracias*, atribuido a un escultor holandés, y que el dueño de la tienda tasaba en seis mil francos, o sea dos mil francos por cada *Gracia*.

— ¡Esto tiene muy poca gracia! — gemía el anticuario, ni más ni menos que si estuviese presenciando el estreno de una obra de Joaquín Abati —. ¡Las esculturas eran preciosas y de una elegancia arrebatadora, a pesar de estar en



LA «RUE ROYALE»

Calle que conduce desde la plaza de la Concordia, que es ésa que se ve al fondo, a la iglesia de la Magdalena, que no puede verse porque la tienen ustedes detrás. Es preferible, no obstante, que tengan ustedes detrás a la Magdalena, porque si la tuvieran delante tendrían que chicolearla, y puede que lo tomase a mal, porque en Francia no es costumbre.

cueros! ¡Los estudiantes se ponían nerviosos de contemplarlas en el escape! ¡Mi misma esposa sintió celos, al calcular que yo haría comparaciones impertinentes!... ¡¡Dos robos como éste, y me voy a ver más desnudo que una Gracia! ¡Qué desgracia!...

Y el hombre no cesaba de llorar, mientras cuatro guardias que había incrustados en el grupo encendían sus pipas con resignación filosófica. (¡La ineficacia del guardia es universal!)

Me creí en el caso de aliviar su pena con alguna frase escogida de consuelo.

— ¡Oh caballero! — respondió el llorón industrial —. ¡Imposible que me ponga de mi pena y de mi quebrantol... ¡Eran mármol de Carrara!... ¡Y luego, la audacia, la frescura del robo!... ¡Me las han quitado en mis propias narices! ¡Se las han llevado en mi presencia, sin tener la atención de darme siquiera muchas gracias!

A lo cual repuse yo:

— ¡Hombre, si ellos se llevan *Tres Gracias* y le dan muchas gracias a usted, no veo el negocio por ninguna parte!...

Esta sencilla frase tuvo la virtud de calmar al anticuario, de hacerle sonreír y de convertirle en amigo mío.

Hasta tal extremo, que tuvo la gentileza de ofrecerme una escupidera de Carlomagno en el irrisorio precio de catorce francos con setenta y cinco céntimos.

Que no hay ni qué decir que no he pagado, prefiriendo tragar saliva a profanar una joya histórica de tan inestimable valor.

¡Pero el caso es que yo le hice gracia al anticuario..., y no le hice tres gracias porque no soy escultor; pero confío en que alguien se las hará y no quedará de este robo más recuerdo que la breve reseña que ha hecho *Le Figaro* del día 29, en la cual achaca el delito a unos alemanes, que es a quienes achacan los franceses todas las contrariedades que padecen!

En París, ya se sabe: surge un inventor polaco, y resulta que es francés; aparece un intrépido aviador argentino, y es francés por parte de padre; tiene éxito un acróbata chino, y su madre era una francesa que se hizo mandarina por amor a un mandarín.

Pero sale un ladrón, y forzosamente es extranjero.

¡Pues a mí que no me fastidien!

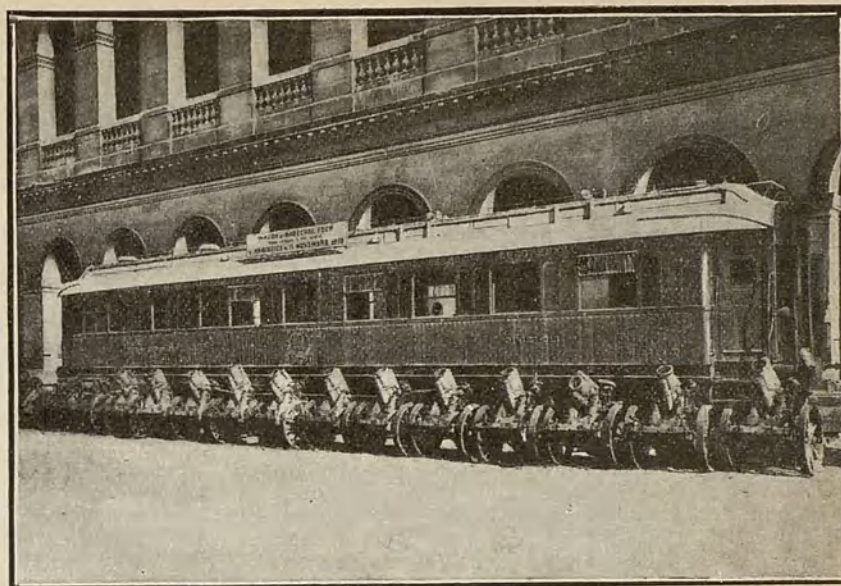
¡Yo soy un hombre muy honrrrrradol!

¡Que conste!

¡Y si quieren, que me registren; y si me encuentran una sola peseta, me dejo cortar lo que les dé la gana! ¡Por ejemplo, un traje, que me está haciendo una falta loca, para que no me confundan el día menos pensado con una de las *Gracias* desaparecidas!...

L

París es una gigantesca cabecera del Rastro... Lo digo por la desmedida afición que hay aquí a comprar, vender y



EL VAGÓN DEL MARISCAL FOCH

¿No adivinan ustedes lo que es esa tontería?

Pues nada menos que el vagón donde firmaron los pobres alemanes el armisticio, y que se exhibe al atontado público en el Museo de los Inválidos.

Es un vagón-restaurant que le haría más falta a la Compañía ferroviaria que al Museo; pero los franceses se figuran que la firma del armisticio tiene importancia (aunque yo no se la veo por ninguna parte), y han embargado ese cochecito creyendo que es una cosa histórica y que va a durar toda la vida, como el cadáver de Napoleón.

Está rodeado por catorce bocas de fuego, pertenecientes a otros tantos formidables obuses, que hicieron en la guerra magnífico papel. No me parece muy exagerado catorce bocas para un vagón-restaurant, ni creo que ese vagón hubiera hecho negocio si no hubiese tenido más que catorce bocas en sus buenos tiempos.

cambiar cosas nuevas y viejas, sobre todo viejas.

En los bulevares calificados de más elegantes por los cronistas que sólo quieren hablar de París de la moda y del buen tono, en las calles más encoquetadas y céntricas, al lado de los monumentos de fama más universal, se encuentra usted con el tenderete del vendedor de ocasión, con la prendería ambulante, con el elocuente trapero vestido de chaquet, que le ofrece a usted adquisiciones formidables: paraguas sin contera, y por contera con la tela rota; hojas de afeitar que han afeitado ya a tres generaciones; zapateros que no tienen par..., porque expenden botas sueltas para el pie izquierdo o para el derecho (o para cojos, que constituyen su mejor clientela); modistas de puerta de calle, que le colocan una *robe* o un *man-teau* al que está más *descuidáu*. En fin, toda la escala de vendedores de porque-rías más o menos auténticas, que se vuelven locos por meterle el paquete al provinciano, y sobre todo al *étranger*. En esos puestos han adquirido distinguidas familias españolas los más absurdos objetos, que luego han mostrado a sus amistades como lo más *chic* de la moda y con esta frase grandilocuente: «Esto lo he comprado en París... ¡Era el último grito!...»; sin añadir que era el último grito del trapero, que, después de realizar su venta, se retiró a su domici-

lio para reírse a sus anchas del primo que se quedó con ello, después de haberse quedado con él el vendedor.

Naturalmente, esta gente anuncia sus existencias con los más pomposos cartelones: «Soy el *roi* de la baja», «Precios de *avant-guerre*», «Prefiero ganar poco a que me remuerda la conciencia por engañar al público», etc., etc.

Ahora, el letrero que está de moda es el siguiente: *Prix d'été*. Todo lo que se vende es a precio de verano, que en Madrid no es la época de la baratura, pero en París, por lo visto, es cuando ni Dios tiene una perra.

Pero lo que me ha dejado con la boca más abierta que la de Francos Rodríguez en los banquetes (que si no come, habla, y si no habla, come; pero no deja en paz los labios ni un segundo), ha sido el ver en una carbonería un montón de antracita, a cuya vera decía también: *Precio de verano*.

¡Es el colmo!

¡Habrá en París seres capaces de comprar carbón con cuarenta grados a la sombra, solamente porque es más barato que en diciembre?

Pues no lo duden ustedes.

¡Y capaces de encenderlo, nada más que porque vean sus amigos que utilizan la chimenea!

ERNESTO POLO

París. — Café Français. — Agosto.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

PERFILES

Un actor célebre y de primera categoría.

Se habla en la tertulia de resoluciones heroicas, de enérgicas determinaciones, y de pronto, el artista, ahuecando la voz, y tras una minuciosa preparación de estudio del gesto y de la *posse*, comienza a referir:

— Fué en provincias. Un empresario idiota me había hecho varias malas faenas. De pronto me amosqué, llegué a la contaduría, en donde, por cierto, dormitaba un empleado. Y agarré el teléfono. «¡Central!... ¡Con el número XI!...» «¿Es don Fulano?...» «¿Sí?...» «Pues le llamo para decirle que es usted un granuja, un canalla, un sinvergüenza, una mula, un salvaje, un tal y un cual...» Colgué el aparato. El empleado había oído mi monólogo — fué un monólogo — con la boca abierta. Se levantó de su asiento, se descubrió, avanzó hacia mí, y, tendiéndome la mano, exclamó

entusiasmado: «¡Bien, don Francisco; eso es hablar por teléfono, y lo demás son tonterías!...»

Tose el actor célebre, y queda en actitud de aguardar al empresario.

No creemos preciso aclarar que quien así habla es el insigne Paco Morano.



Otro actor célebre. Este actor tiene un amigo entrañable que se llama Manuel Góngora. Manolo es la antítesis de su amigo. Este es juerguista, trapacero, dado al vino; andaluz, galán cómico y rico.

Góngora es un hombre correctísimo, morigerado, estudioso y que hace una vida ejemplar. Sus conocidos le admiran, tanto por los versos que produce y las comedias hermosas que no quiere estrenar, en una modestia desacostumbrada, como por su vida casi ascética. Góngora no bebe, no trasnocha, no concurre a tertulias.



Dib. BAI. — Madrid.

— ¡Usted, siempre tan inconsolable!...

— No señor; voy tranquilizándome, porque, al menos, sé dónde pasa las noches mi marido...

Amante de sus hijos, que perdieron a una madre angelical, Góngora se desvive por atender a los pequeños...

Así son los protagonistas del sucedido.

Una noche — una mañana — regresa el galán cómico a su casa en lamentable situación: ha sido una velada tormentosa.

Al llegar nuestro héroe ve con espanto que su esposa le aguarda despierta, y no muy satisfecha, como es lógico. Entre la turbación natural y los vapores del alcohol, el actor pierde el tino. ¿Cómo sincerarse? ¿Qué va a decir? Y por fin surge el nombre que pueda servirle de garantía.

— ¿Sabes?... ¡Ese golfo de Manolo Góngora!... ¡Como es así!...

Naturalmente, hay una carcajada que no puede reprimir, y termina el enfado de Antonia Plana, la esposa de Emilio Díaz, personaje central de la anécdota.



— ¿Y debuta usted pronto?

— ¡Claro!... ¿Qué voy a hacer?

— ¿Está usted satisfecho de su excursión?

— No puedo quejarme, no, señor.

— He leído que en Barcelona tuvieron ustedes un triunfo verdaderamente extraordinario...

— Tanto como extraordinario, no...

— Pues ustedes prorrogaron la temporada..., y los periódicos dicen...

— Es que todos se han portado muy bien con nosotros...

— ¿Harán ustedes muchas cosas?

— Las que buenamente se puedan...

— ¿Se presentarán usted y Loreto con *Los chicos de la escuela*, o con *Los dos pilletes*?

— No creo.

— ¿Estrenarán ustedes el primer día?

— Si Dios quiere.

— ¿Y cómo no hacen en el *début* esas obras con las que se han presentado siempre?

— Porque el público nos iba a preguntar «si queríamos el recibo».



— Sí, mi queridísimo, y estimadísimo, y admirabilísimo amigazo. Dígalos usted. Tengo las mejores comedias, y la mejor compañía, y los mejores negocios de todos los actores empresarios de España. Sí, señor...

— ¿Hacia dónde marcha usted?

— Debuto en Daimiel.

— ¿Después?...

— En Miguelturra.

— ¿Después?...

— No tengo hecho nada todavía...

JOSÉ L. MAYRAL

LO QUE SE ESCAPA

(DATOS PARA LA "HISTORIA DEL GAZAPO")

Algunas «pifias» que no han corregido nuestros escritores contemporáneos.

I

El ilustre novelista Blasco Ibáñez, en la página 145 de su novela *Mare nostrum*, que ha alcanzado la publicación de casi un centenar de millares, y que ha sido traducida a unos cuantos idiomas, dice, describiendo el Acuario de Nápoles, donde, como en todos los Museos de este género, los animales se exponen vivos, dentro del agua, a la curiosidad científica del visitante:

«Deslizándose sobre las rocas, introduciéndose en las cavernas, dormitando medio enterrada en las arenas, toda la varia y tumultuosa nación de los crustáceos movía sus herramientas cortantes y tentaculares, hacía brillar sus armaduras japonesas, unas teñidas de rojo casi negro, como si guardasen la sangre seca de un lejano combate; otras de fresca escarlata, lo mismo que si reflejasen en su dureza los primeros fuegos de la aurora.»

Habla de la langosta y del *homard*, para acabar indicando que:

«... En torno de estos gigantes, como una democracia roja, acostumbrada a sufrir de vez en cuando el ataque de los fuertes, nadaban los enjambres de langostinos y camarones.»

Hay que reconocer que un valenciano como Blasco Ibáñez vea sólo las langostas y los langostinos, ya cocidos, con sus armaduras de sangre seca y de fresca escarlata; pero como a la vez Blasco Ibáñez es un novelista, y un novelista universal, no le está permitido inspirarse en el escaparate de Los Burgaleses o de las Pescaderías Coruñesas para describir el Acuario de Nápoles.

Está muy bien el colorismo; pero nunca con exceso...

II

Más recientemente, en el número del 16 de agosto de 1923 de *La Libertad*, y más explicable al correr de la pluma, sin las correcciones que a una novela se pueden dar tranquilamente, Rodrigo Soriano publica un artículo titulado: *Recuerdos: Sorolla*.

El artículo empieza así:

«1885... El profesor Molinari, barbudo hombre, miguelangelesco Moisés de bíblicas guedejas, come con nosotros. Estamos en un *albergo* provinciano, el *Subario* de Asís...»

Describe el articulista el ambiente muy 1885 de la escena. Después habla el profesor, haciendo recitar a un niño, Peppino, unos versos de Leopardi:

«¡Oh, patria mia,
vedo la musa e gli archil
e le colonne e il simulacri,
e le erme torri de gli avi nostri.
¡Ma la gloria non vedo,
non redo il lauro, il ferro
onderan càrehì
y nostri patri antichil
¡Oimè, quante ferite,
qual lividor, qual sangriè!

Peppino nos conmueve. Recordamos a España... — E la lezione d'il patriotismo — dice el profesor.

— Sí — le decimos —; también España vió caer sus castillos, sus murallas, sus columnas, las altivas torres de nuestros abuelos. Y ya no se ve su gloria, el laurel y el hierro de sus conquistadores, sus viejos padres. ¡Y qué palidez, cuánta herida, cuánta sangría! (Cuba, Annual)...»

Es verdaderamente asombroso cómo Rodrigo Soriano predecía en 1885 las tragedias de Cuba y de Annual. También puede que supiese lo de Tifaurin. Lo extraño es que, en tanto tiempo, no lo haya dicho, para que nos hubiésemos ido previniendo. ¿No será éste un caso de responsabilidad civil? Debe meditar sobre ello la Comisión de los veintuno.

GAZAPITO Y GAZAPETE.

(Continuará algún día.)



URIBE

— Señorita, ¿quiere usted que la enseñe a nadar?

— No.

— ¡Caray!... No creí que en el agua recibiría una contestación tan seca.

Dib. URIBE. — Madrid.

¡DISFRUTANDO EL FRESCO!

— He tomado — hace poco
me dijo Guerra —
el hotel más bonito
que hay en la sierra,
en un punto llamado
Valdesortijas,
donde, con mi Gertrudis
y mis tres hijas,
paso este insoportable
verano ardiente
(sobre todo de noche)
tan ricamente.
— ¿Tendrá usted, por supuesto,
jardín frondoso?
— No, señor; no hay un árbol.
— ¡Hombre, es curiosol...
— ¿No ve usted que las plantas
atraen insectos
y humedad?... ¡Dios nos libre
de ambos defectos!
Mas si el calor del día
produce espanto,
por la noche refresca
que es un encanto.
— ¡Vaya!... Y de comestibles,
¿qué tal, don Bruno?
— ¡Ayl... De esos no tenemos
casi ninguno.
Estamos como estaban
los de Bolaños,
en Cucillas del Fraile,
va a hacer dos años,
que con catorce huevos
y dos perdices
se pasaron tres meses
los infelices.
Pero aunque no hay comida
ni hay un mal coche,
¡no sabe usted el fresquito
que hace de noche.
— ¿Tendrá grandes alcobas?
— ¡Quial! ¡Bueno fueral
En ningún cuarto cabe
la cama entera,
y hay que usarla en pedazos
o hay que agenciarse
la cesta de la compra
para acostarse.
El hotel, pues, por chico,
tiene reproche;
¡pero hay que ver lo fresco
que es por la noche!
— ¿El aire será puro
y embalsamado?...
— Sí; pero es muchas veces
aire colado,
que causa enfermedades
muy peligrosas.
— Menos mal que las vistas
serán hermosas...
— No; de bonitas vistas
no hay gran derroche.
¡Pero vaya un fresquito
que hace de noche!
Un termómetro tengo
que lo revela
(¡lo guardaba en aceite
mi pobre abuela!)
— Bueno — dije a don Bruno —,
se da usted pisto

con su hotel de verano;
mas, por lo visto,
si el calor en la sierra
le vuelve loco
(aunque cuando anochece
refresca un poco),
si no nieva estos días
de aire caliente
ni el sol pica de noche,
precisamente,
lo mismo pasa en Londres,
y en Oropesa,
y en Valderrabadilla
de la Marquesa.
¿Que su mercurio baja?
¡Vaya un salerol...
¡Y tirándolo al pozo,
marcará cero!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



Dib. CARIÑO. — Madrid.

— ¿Cómo es que ayer no estuviste
en los ejercicios?
— Porque dijo usted que fueran las
hijas de María, y como mi madre se
llama Eustaquia...

TITIRIMUNDILLO

«19 de agosto. Las carreras de hoy
en Sevilla.»
Nos figuramos cómo serán. ¡De gen-
te huyendo del calor! ¿Verdad que sí?

«La Asociación de Cómicos de Barce-
lona no está conforme con la forma-
ción de los bolos.»
¡Caray, ni el público! Sobre todo
cuando ve a algunos, que también son
bolos, actuando de primeros actores.

La Petite Entente no quiere pagar
sus deudas.
Se conoce que ha dicho que, como es

petite, no tiene dinero, y que eso de
pagar se queda para las personas ma-
yores.

«No es cierto que se haya aplazado
la Conferencia diplomática de Lon-
dres.»

¡Naturalmente! Pues menuda ganga
es para el diplomático que logra pes-
car una.

¡Sólo de banquetes con champagne
se hincha!

«Una democracia con faldas.»
Pues sin ellas es mucho mayor.
Entonces es cuando se siente uno
verdaderamente democrata.

El rey de Italia es un gran coleccio-
nista de monedas.

Todos lo seríamos; pero el casero, el
carnicero, el tendero, el sastre, el za-
patero, etc., se ponen de acuerdo para
llevarse las que podemos reunir, y así
no hay coleccionista posible.

«En el asunto de los vinos españo-
les en Francia hay que ver el espíritu
del Tratado.»

Como es natural, suponemos que
será el espíritu... del vino, y no del
Tratado.

— En cuanto una nación está me-
tida en un pleito internacional, ¿qué
debe hacer?

— Mandar unos cuantos barcos para
que vigilen sus costas.

— ¡Caray! ¿Para qué?

— Por si pierde el pleito, que no
pierda las costas...

— «Aprehensión de contrabando.»
¡Qué noticia más absurda!

— ¿Por qué?

— Muy sencillo. El que hace con-
trabando es porque no tiene aprehen-
sión alguna.

— En los Consejos de Ministros, al
hablar de Marruecos, el que despunta
es el ministro de Estado.

— Eso sí que es madrugar.

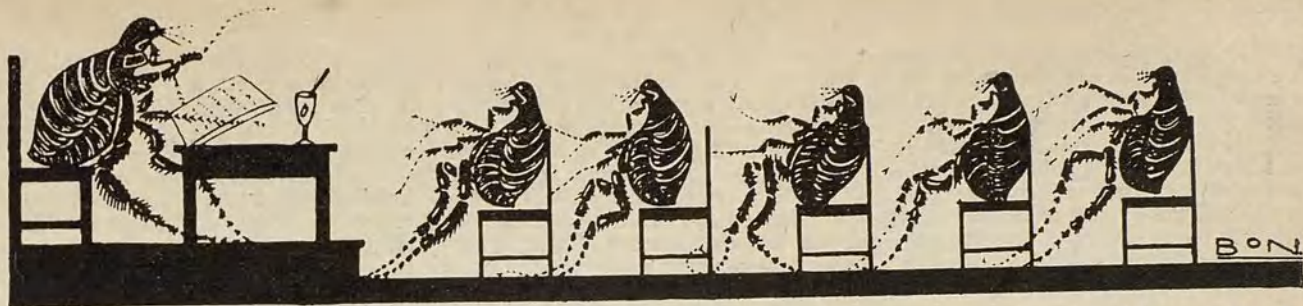
— ¿Por qué?

— Pues bien sencillo. Porque es al
despuntar el Alba.

«El fascismo continúa en pleno
triunfo.»

¡Sí; en triunfo de bastos.

¡Y así da de estacazos con ellos!..



MEMORIAS DE UNA PULGA

NOVELA, POR J. SAN GERMÁN OCAÑA. — ILUSTRACIONES DE BON

(CONTINUACIÓN)

Precisamente la madre y los hermanos de Miltu eran los que me zaherían con más impiedad. Preocupada por esta extraña actitud de su familia y de los vecinos, un día me decidí a consultar a mi novio. El sabría algo.

— Oye — le dije —, desde mi más tierna infancia vengo observando que todo el vecindario nos critica a mi madre y a mí. Tu familia es la que más nos injuria. ¿Quieres decirme por qué es eso? ¿Acaso hay alguna mancha en nuestro honor?

Miltu me acarició una antena con infinita ternura, y contestó:

— Yo también he observado lo mismo. Pero no hagas caso, Tolita. Serán envidias de la gente, porque eres la más bonita del barrio.

— Sin embargo — torné a decir, intrigada —: oigo con frecuencia que soy hija de tal y de cual, cuando mi madre afirma que mi padre es un príncipe americano. Tú me preguntaste una vez si era hija de un demonio, ¿recuerdas?... Y Tulizol me llamó hace poco hija de un *nigua*... ¿Qué especie es esa? ¿Sabes tú lo que es un pulga *nigua*?

Mi novio se echó a reír a dos mandíbulas. Luego me explicó:

— No digas tonterías, preciosa. Si fueras hija de un *nigua*, estarías tú y tu madre malditas de nuestra especie. No pienses en esa horrorosa desgracia. La *nigua* es una pulga demoníaca de la América meridional, que pone sus larvas bajo las uñas de los hombres negros y les ulceran la carne. Muy a menudo esta ulceración ocasiona la muerte. Esas pulgas llevan la maldición eterna de la Gran Crisálida para sí y sus descendientes. No pienses en semejante aberración, te lo repito. Tulizol te llamó hija de un *nigua* por inferirte, en su despecho, la injuria más grave que se puede inferir a una pulga de nuestra especie. Eso no tiene importancia. Mientras yo te adoro con frenesí, no deben atormentarte las murmuraciones.

Esta elocuente explicación de Miltu me dejó tranquila. Pero yo, orgullosa de poseer todo su cariño, insistí, sonriendo:

— ¿Y si yo fuera, en efecto, hija de un *nigua*? ¿Me seguirías queriendo, Miltu mío?

Mi novio puso un gesto de terror y de repugnancia.

— ¡Oh! — exclamo —. Entonces este amor nuestro nos llevaría fatalmente a la tumba... Sería un amor maldecido... Te ruego que no hablemos más de este asunto... ¿Para qué perder en bobadas el tiempo que necesitamos para ser felices?

— ¿Me amas mucho, Miltu?

— Con los ocho anillos de mi vientre, Tolita. ¿Y tú a mí?

— Con locura. Te lo juro por la primera sangre que chupé.

A partir de este día, escuchaba con desdén y con indiferencia cuantos insultos y epítetos me dirigían las comadres. Con no menos desdén recibía asimismo los homenajes galantes de los pretendientes que me salían a cada paso. Tulizol, después de la paliza que le propinara Miltu, no osaba aproximarse a mí; pero desde lejos, haciéndome guiños con el ojo sano, me gritaba:

— ¡Hija de un *nigua*!... A ese chulo de Miltu le voy a dar yo para el pelo en cuanto me lo tropiece.

El pretendiente más gracioso y más correcto de cuantos tuve en aquella sazón era uno muy joven, de abolengo griego, distinguido y bastante culto. Si no me es infiel la memoria, se apellidaba Neulocophouco. Nunca se atrevió a acercarse; pero me dirigía cartas inflamadas de amor literario y versos en que me comparaba con las ondinas y las sílfides. Uno de sus delicados madrigales llegó a aprendérmelo de memoria, porque, si bien no le hice nunca caso, sus lisonjas halagaban mi amor propio. Aquel madrigal decía así:

«Ojos claros, serenos,
si por dulce mirar sois bellos ojos,
en la faz de Tolita, ojos helenos,
miradme por piedad, miradme al menos,
pues, postrado de hinojos,
soy, por vuestros antojos,
el heautontimorumenos.»

No he olvidado tampoco, aunque debiera omitirlo, por repugnante, el blo-

queo de que me hizo víctima una temporada un antipático piojo. No sé qué pretendía de mí aquel inundo parásito, a cuya raza nosotros tenemos en igual significación que las personas a los gitanos. Son seres sin patria y sin sociedad, envidiosos como ningún chupador, por lo cual se visten de un sucio color amarillento. Además tienen la vanidad de creerse con más talento que cualquiera otro parásito, porque afirman que con la sangre extraen las ideas de la cabeza de los humanos. ¡Como si se pudiera extraer agua de un pozo vacío!

Vino detrás de mí a la cama de la marquesa desde el cuarto del *chauffeur*. Lo colegí por el tufo a gasolina que despedía. Era mi sombra. Me acechaba sigilosamente en cada dobladillo de las sábanas, y al divisarme cerca salía con sus torpes movimientos y me lanzaba esta triste lamentación:

— Por usted estoy haciendo el sacrificio de vivir en este tormento. No puedo soportar la limpieza de esta cama. Me hace daño al estómago. Me asfixio por el amor de usted.

Una vez que pasaba yo con Nelika, salió de repente, muy pálido, y me gritó:

— Tenga piedad de mí, pulga cruel.

— Estoy comprometida — dije sin volver la cara.

Se puso tan pesado, que hube de rechazarle en todo desabrido:

— ¡No sea usted chinche, caballero!...

Oí un quejido a mi lado. Miré: era Nelika, mi buena amiga, la bondadosa chinche. Estaba roja. Mis imprudentes palabras la habían herido en lo más delicado de sus sentimientos de raza. Se echó a llorar como una Magdalena.

No recuerdo en toda mi vida haber pedido perdones con más vehemente deseo de ser perdonada. Y Nelika me perdonó. ¡Corazón de oro el de aquella chinche!...

IX

Miltu era muy celoso, tal vez porque me amaba con una vehemencia meridional. No me dejada ni a sol ni a sombra;

asiduidad que, por otra parte, constituía mi mayor dicha. Sí; era demasiado vehemente, como buen español, y esta característica de su temperamento fué causa de uno de los episodios más lamentables de mi vida. Juntos recorriamos, como he consignado antes, todos los rincones del palacio paladeando las mieles de nuestro idilio. En todas partes éramos felices, porque, como ha dicho un dulce poeta nuestro:

«... Una pelusa en un rincón caliente puede ser el edén de unos amores.»

Sobre una pelusa muelle y confortable charlábamos los dos una tarde bajo el sofá del cuarto destinado a las visitas de la servidumbre. En el sofá estaban sentados el *chauffeur* y un amigo suyo, que nunca habíamos visto. Hablaba éste con voz aguardentosa y profunda, y de pronto le vimos decir exaltado:

— A esa mujer le voy yo a sacudir las pulgas con un vergajo. Hay que demostrarle que el que tiene malas pulgas es el hijo de mi madre.

El *chauffeur*, conciliador, le interrumpió:

— Reflexiona, Laureano. Ese no es buen procedimiento con las mujeres. Hay que mimarlas.

— Déjate de monsergas. Cada cual tiene su manera de matar pulgas...

Observé que Miltu se ponía muy nervioso. Bajaba y subía alternativamente las antenas, síntoma de cólera.

— ¡Cálmate, mi bien! — le dije.

— No puedo, Tolita. Ese tío es un chulo que lo tengo sentado en la boca del estómago. ¿No oyes cómo nos ofende? ¿No ves claro que es un verdugo de

nuestra raza? Faltaríamos a nuestro deber si no le castigáramos.

Se dispuso a caer sobre el enemigo. Le detuve diciendo de esta suerte:

— Voy contigo; que nos entierren juntos.

Y ambos, poseídos de un santo estímulo de vindicación, saltamos sobre el cogote de aquel hombre. Nunca he picado con más rabia a un mortal, porque en aquel acto solemne picaba en representación de toda nuestra especie.

De improviso me sentí cogida entre dos bloques de carne, que apestaban a tabaco. Los dedos del monstruo me aprisionaron, me prensaban. Creí morir de asfixia. Recé mis mejores oraciones, porque tenía la evidencia de que aquellos eran mis últimos momentos. Bastaría que nuestro enemigo apretara un poco su horrible tenaza para que mi cuerpo quedara laminado.

— ¡Gran Crisálida milagrosa! — oré, pensando en mi madre y en Miltu.

Y la Gran Crisálida oyó mi oración de angustia. El hombre aflojó un poco la tenaza de sus dedos y pude ver sus horrendos ojos que me contemplaban.

— Es un buen ejemplar — advirtió al *chauffeur* —. Una cría. Estas son las mejores para domesticarlas.

Oí que su interlocutor interrogaba riendo:

— ¿Tienes ahora muchas pulgas amaestradas?

— Unas veinte. Dan mucho trabajo, no creas. Pero se vive bien con ellas. Son animalitos inteligentes y dóciles.

En seguida me introdujo en un calabozo oscuro, sin una mala ventanilla, que transcendía a fósforo. Debía de ser

una caja de cerillas. Allí encerrada experimenté al punto la sensación de que me sepultaban en un profundo bolsillo. Lloré sin consuelo. ¿Adónde me llevarían para sacrificarme?

Interrumpió mis tristes meditaciones la voz de Miltu, que me hablaba por la juntura de la caja. Su voz llegaba hasta mí apagada con un velo de emoción.

— No te apures, amor mío. ¡Te sigo, y te salvaré!

Poco después me di cuenta de que mi carcelero andaba. Anduvo mucho al parecer, y al cabo de largo tiempo me sacó del calabozo con la misma tenaza de sus dedos.

— Ahora me mata este miserable — pensé, estremecida de pavor.

El hombre me aplicó a la boca un trapito impregnado de no sé qué repugnante sustancia, y quedé desvanecida. Cuando recobré el sentido me encontré al aire libre, pero cautiva: una de mis dos patitas traseras estaba sujeta por una finísima cadena de oro que no me impedía andar, pero sí dar saltos. Aquel tirano me había narcotizado para encadenarme. Junto a mí, y prisioneras del mismo modo que yo, corrían y malbrincaban muchas pulgas más. Todas presentaban en el rostro señales de sufrimiento. Bien pronto me enteraron de la penosa odisea que me esperaba. Nuestro carcelero era un domesticador de pulgas. ¡Santa Larva bendita! ¿Qué pecado purgaba yo en este mundo? Pasé la noche llorando. También lloró Miltu mi cautiverio, y ofreció comunicar la noticia a mi madre con las mayores precauciones.

(Se continuará)



CANCIÓN CALLEJERA

(Originalísimo pregón de un trapero de barrios bajísimos, escrito en forma lo más académica posible, para que pueda ser cantado debajo de los balcones de una vivienda donde haya, si las hay, algunas señoras decentes.)

Sus ojos en mí
se fijaron con tal fuerza en el mirar,
que entonces sentí
una cosa muy difícil de explicar...
Mas ¿qué iba yo a hacer,
si se chala fácilmente la mujer?
¡Pero el caso es que no tuve reflexión,
y le di mi corazón!

(Encantador cuplé, conocidísimo en Madrid, París y Carabanchel, y cuya popular y wagneriana melodía sirve como anillo al dedo para cantar el pregón que nos ocupa.)

¡Aquí está el trapero
que da más dinero!
¡Señoras, yo adquiero
cacharros y ropas!
¡Yo compro sombreros
y pago las copas!...
¡Yo compro colchones
de novias plantadas!
¡Yo compro jergones
de viudas cansadas!
¡Yo me llamo Lucas
y compro pelucas!...

¡¡Trapero!! ¡¡Trapeeé!!
¿Hay algo de ropa vieja que vender?
¡Llamadme, que soy,
cuando trato con señoras, quien más doy!
¡Yo pago al *contao*
lo que ustedes tengan más *estropeao*!
¡Pues hay cosas que en Madrid se han *despreciao*,
y se admiten en Bilbao!

✱ ✱ ✱

Yo compro las botas
aunque estén muy rotas!
¡Yo compro camisas,
bordadas o lisas,
aunque sean anchas
y aunque tengan manchas!
¡Yo tomo mesillas
de noche, sencillas,
y doy diez pesetas
si vienen completas...
con ese *juguete*
que en ellas se metel

¡¡Trapero!! ¡¡Trapeeé!!
¿Hay algo de ropa vieja que vender?
¡Bajadla y veréis
el negocio tan enorme que aquí hacéis!
¡Bajadme el gabán,
que, si es fuerte, seis duritos se os dan!
¡Y también se os presenta la ocasión
de bajarme el pantalón!

✱ ✱ ✱

¡Lavabos admito,
jofainas adquiero,
y doy un durito
por palanganero...,
y todos los años
suelo tomar baños!...

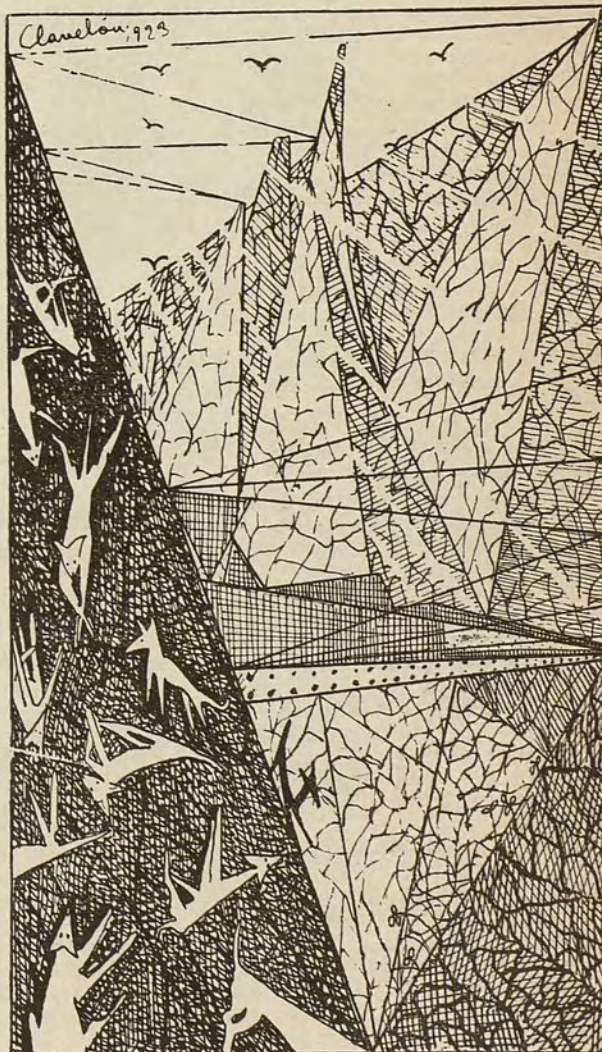
¡No compro gemelos,
si no es oro fino!
¡No tomo pañuelos,
si son de un cochino...,
porque está muy feo
no tener aseol!...

¡¡Trapero!! ¡¡Trapeeé!!
¿Hay algo de ropa vieja que vender?
¡Traédmela ya,
que, aunque sea una basura, igual me da!
¡Loritos también
y cotorras tomo yo cuando hablan bien!
¡Doy diez duros si se expresan en francés!!
¡¡Si blasfeman, pago tres!!!...

(¿Ustedes tienen algo que ofrecer a este trapero?...
¿No?... Pues entonces el trapero se marcha tranquilamente por la izquierda.)

TELÓN..., Y A OTRA COSA

NÉSTOR O. LOPE



IMPRESIONES

Dib. CLAVELÓN. — Málaga,

Paso de un tren por Despeñaperros.

LOS HUMORISTAS POR DENTRO

MANUEL TOVAR

Por dentro llevamos todos «un gran simpático». Así me lo han asegurado muy formalmente infinidad de personas, y yo, de vez en cuando, lo creo. Digo de vez en cuando, porque anda por ahí cada sujeto, que si tiene para sus adentros un «gran simpático», para *fuera* lo disimula, pero que muy bien... En cambio — ¡oh inefable ley misteriosa de las compensaciones! —, hay personas que van *mostrando* por doquier su «gran simpático» a todo el mundo. Uno de estos señores es Tovar. Manuel Tovar, el formidable dibujante, es... seriamente simpático.

Al anunciarle mi visita, Tovar se puso serio y pensativo. Después, ingenuamente, me preguntó:

— Y... dígame, joven. ¿Por qué quiere hacerme usted una entrevista?

— ¡Hombrel... Ya le he dicho que en BUEN HUMOR voy a sacar a la más o menos vergüenza pública a los humoristas españoles: dibujantes, escritores y poetas... Y entre los humoristas dibujantes, o dibujantes humoristas, la de usted es una firma prestigiosa, una gran firma...

Tovar se echó a reír.

— ¡Hombrel... Yo siento discrepar de usted. ¿Usted se cree que soy una firma? ¡Cal En España sólo hay unas cuantas firmas que se cotizan a precios fabulosos: Urquijo, Aldama, Calamarte y otros. Nada más...

Hizo una pausa.

— Pero, en fin, yo estoy a su disposición... Pregunte.

— ¿Cuántos años lleva usted dedicado a estas labores propias de su seso (con... ese)? — le dijimos entonces.

— ¡Uf!... Mucho. Pero no se lo puedo decir. Va a decir la gente por ahí que soy muy viejo. Ponga usted que hace veinticuatro años que vine a este Madrid.

— ¿Y ya dibujaba usted?

— Y pintaba... todo lo que se ponía al alcance de mi paleta: abanicos, frisos, sombrillas, acuarelas... Bueno; ponga usted que he pintado de todo, y... ¡nada más!...

— Usted, ¿dónde vió por primera vez la luz?

— No debió ser, desde luego, en un cuarto oscuro. Tengo la idea de que fué en Granada. Pero no se lo puedo a usted jurar, porque... de ese detalle no me acuerdo ahora bien. Indudablemente, se me debió pasar inadvertido, cosa en mí nada extraña. Soy muy distraído y no tengo memoria. Otros hechos tan trascendentales como ése también han resbalado por mi vida sin que yo me fijara en ellos. Por esto, acaso, no ten-



AUTOCARICATURA

drá interés esta conversación. ¡Porque a mí no me ha pasado nada!... Menos mal que fio en su imaginación...

— Y en Granada, ¿se despertaron también sus aficiones artísticas?

— Sí, señor. O, por lo menos, se despertaron ligeramente. Y allí gané las dos primeras pesetas que gané con el dibujo. Fué un encargo. Pintar un burro con la cabeza de hombre. De un señor para mí desconocido, del que me facilitaron una fotografía.

— ¿Y después?

— Después publiqué en periódicos de Barcelona, en *El Gato Negro*, *La Tomasa* y otros. A poco empecé a publicar en Madrid. Lo primero que publiqué fué en *Nuevo Mundo*, entonces de Perojo. ¡Y qué diferencia, amigo mío, de aquellos tiempos a éstos!... Para mí el dibujante más malo me parecía admirable.

¡Con cuánto miedo entregaba yo los originales! Y ahora...; bueno, los que acaban de *llegar*... a la profesión, y los que ni han *llegado* siquiera, entran en los periódicos con un desenfado inaudito, hablando mal de todos; y... créame, yo tengo la impresión de que alguna vez me *han perdonado la vida*...

— Es que hoy las ciencias adelantan que es...

— ¡Una barbaridad, sí, señor!...

— ¿Qué recuerdos tiene usted de su actuar como dibujante político?

— ¡No me hable usted!... Muy malos. No son recuerdos ni expresiones... Memorias, que ni las del Káiser. Quince años estuve en *España Nueva*. No he recibido nada más que ingratitudes. Es un asco. La política es un asco. Le brindo una idea a usted. Haga entrevistas a políticos. Pregúnteles: «¿Con qué se desayuna usted? ¿Qué come? ¿Cambia con frecuencia de *menus*? ¿De qué clase de cigarros fuma? ¿Cuánto gasta en vicios? ¿Es usted un punto?» (yo creo que todos lo son), etc... Y luego, en el mismo periódico, debajo de su artículo, en letras grandes, un *entre-filet* que diga solamente: «¡Sus, y a ellos!...» Yo he tenido procesos terribles por mis caricaturas. Cosas muy serias, pero que hacían reír a los señores graves del Tribunal que me juzgaban. Y es lo que yo decía: «Señor, si hago reír, ¿por qué me condenan?»

— Tovar, ¿qué otras aficiones tiene usted?

— Pues ponga usted unos puntos suspensivos, como en ciertos *culminantes momentos* de alguna novela, y diga usted que la música. Me he comprado recientemente una pianola. Toco a Beethoven con los pies. Yo soy así.

— ¿Qué aspiración tiene usted para el porvenir?

— Tener en Madrid muchas casas. Como usted ve, sueño con imposibles, como cualquier romántico.

— ¿Qué hubiera querido usted ser?

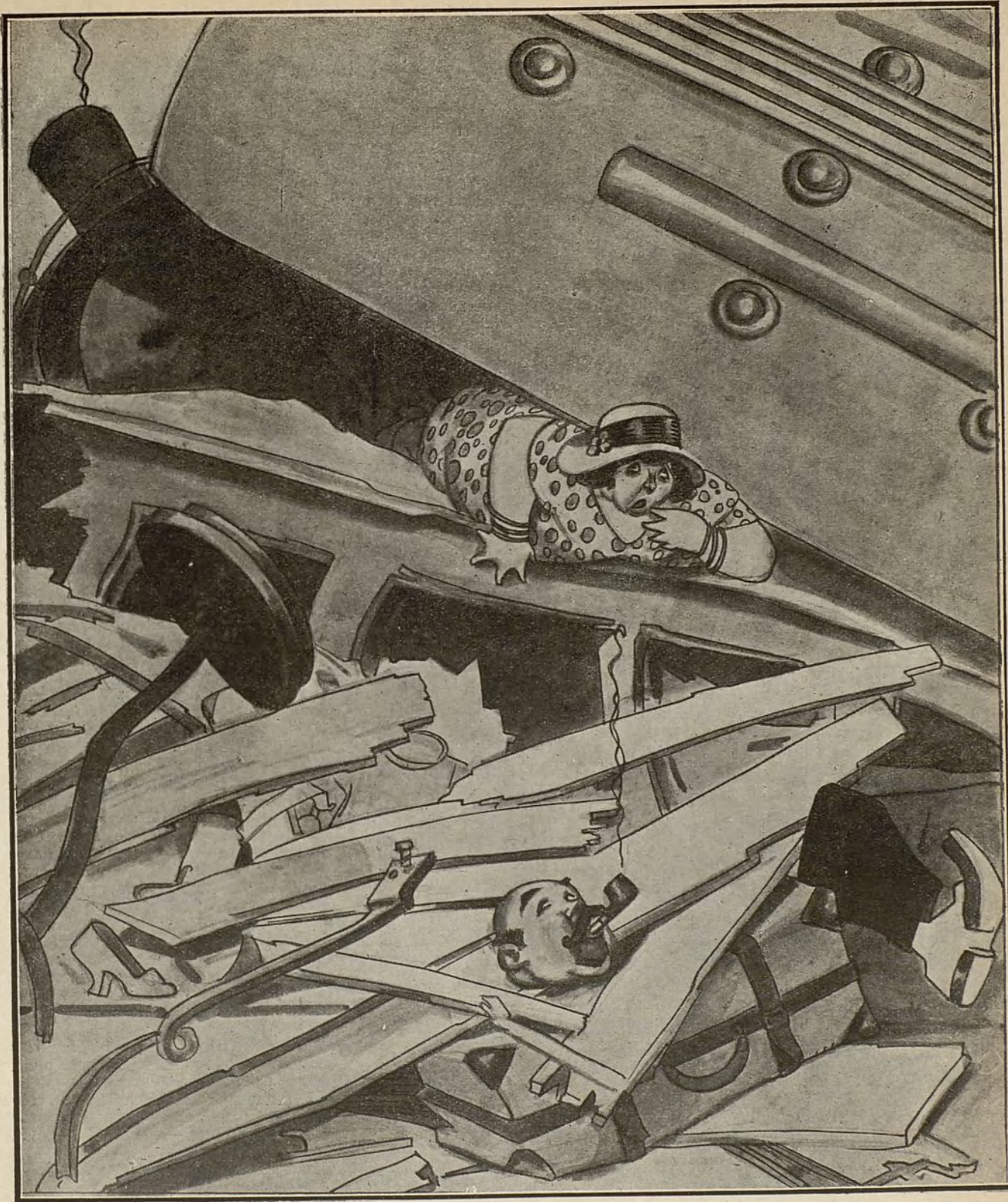
— Hijo de millonario.

— ¿Me quiere contar alguna anécdota?

— Ya le he dicho antes que soy muy distraído. Me habrán pasado muchas cosas; pero no recuerdo. Además, yo no sabía que usted llegaría a venir un día a hacerme esta pregunta. De saberlo, hubiera apuntado desde pequeño en un cuadernito lo que me pasara interesante, y ahora tendría usted donde escoger, y yo quedaría muy bien. Porque ¿a quién no le ha sucedido algo en la vida?

Y Tovar, al decir esto, sonreía...

E. ESTÉVEZ ORTEGA



Dib. AREUGER. — Madrid.

— ¡Por favor, caballero! ¡Que me
es y asfixiándol

— Perdón, señora, no me había fija-
do. ¿Le molesta a usted el humo?

DEL BUEN HUMOR AJENO

ENTRADA EN SOCIEDAD, por Georges Auriol

Un amigo mío, vendedor de cerdos, heredó hace poco de un pariente. Se apresuró, pues, a soltar la blusa, y, vestido de señorito, hizo su aparición en la corte. Había oído hablar de Madrid, como todo el mundo; pero nunca tuvo ocasión de poner los pies en la corona-da villa.

Dudo mucho de que entre los tratan-tes en cerdos con quienes ustedes ten-gan el honor de alternar, se encuentre uno que pueda rivalizar con el protago-nista en oronda majestad abdominal. Cuando compró la cadena de reloj que hoy luce sobre la tripa, se vió precisado a mandarle añadir diez y seis eslabo-nes, para que pudiese salvar el espacio entre su bolsillo y el último botón del chaleco. Por este detalle comprenderán que no hablo de ningún alfeñique.

Ya tenemos a mi amigo en Madrid.



EN EL BAILE A BORDO

— ¿Quiere usted dar un paseo por tierra, Emma?

— ¡Ay, no! Estoy muerta de cansancio. ¡Solamente podría bailar aún un boston!...

(De Lustige Blätter, de Berlín.)

En el lujoso hotel donde se hospedara, púsose a la mesa apenas llegó, y la de-manda que hizo de seis docenas de ostras «para abrir boca», le valió la estimación inmediata del jefe de co-medor.

Otras seis docenas de *ostendes* le sirvieron de aperitivo en el almuerzo de la mañana siguiente. Despachada la *serie*, saboreaba su café en el jardín de invierno, cuando una ligera emoción de carácter intestino le forzó a huir momentáneamente de la vecindad melo-diosa de los *tziganes*.

Un criado servicial le condujo al sitio deseado, y cuando quedó solo, no pudo menos de maravillarse del lujo que rei-naba en aquel departamento: por todos lados no se veía más que mármoles, porcelana, bronce y caoba maciza.

Esta preciosa madera había suminis-trado la primera materia para el asiento donde nuestro héroe debía aposentarse, si hubiera estado al corriente de los refinamientos modernos; pero encon-trándose levantado dicho asiento, aquél, una vez libre del yugo de los tirantes, buscó acomodo sobre la misma porce-lana, o, por mejor decir, se incrustó en ella, ya que, ¡oh maravilla!, el hospita-lario recipiente parecía haberse cons-truido a su medida.

(Un sombrerero escrupuloso quizás lo hubiese encontrado algo justo; pero, en realidad, *le iba bien*.)

Como ustedes sospecharán, transcu-rrieron algunos minutos dedicados al recogimiento antes de que el buen se-ñor pensara en restituírse a la posición vertical.

Mas cuando intentó hacerlo, sus es-fuerzos resultaron inútiles: estaba cogi-do como zorro en una trampa; su am-plia circunferencia había encontrado alvéolo conveniente y no quería des-prenderse de él.

Sudando sangre y agua, se debatió durante media hora sin resultado. Lue-go, creyendo no volver a ver jamás el cielo azul, se puso a llorar con tan pla-ñideros sollozos que se dió la voz de alarma, y acudieron a forzar la puerta de su cárcel.

Fué necesario el esfuerzo animal de cuatro mozos para sacarle del mal paso en que se hallaba.

El gerente del establecimiento no vol-vía de su asombro:

— ¡Es inaudito! — mascullaba —. ¡Es increíble, inconcebible! ¡El señor debió llamar! ¡Debía usted haber tocado!...

— Quisiera haberle visto en mi lugar — replicó el ex tratante amoscado. Y señalando a la cadena del agua: — ¡Bien he llamado, pardiez! ¡Lo menos veinte veces!... Pero cada vez que llamaba, ¡me han lanzado un cubo de agua en carne viva!...

A. R. H.

A nuestros «pierdetiempistas» del Concurso de julio

Por un error tan inexplicable que nos tiene asombrados, al verificar la clasificación de pliegos de soluciones correspondientes al Concurso de julio, y por omisión de una palabra que completaba la solución del pasatiempo número 19, resultó que aparecía como única solucionista la Srta. Conchita Lorenzo, adjudicándola el primer premio, y proponiendo para los cincuenta y dos pierdetiempistas el sorteo de los otros dos.

Visto el error estando ya nuestro número anterior en máquina, no había remedio...

Pero la rectificación está hecha.

Los cincuenta y dos señores cuya relación publicamos, y que dieron Cala-

mocano por solución al pasatiempo número 19, están en lo firme. El sorteo de los tres premios se ha verificado entre todos ellos.

El resultado del sorteo se publicará en el número próximo.

¡En cambio, la pobre Conchita quedó excluida! Nosotros queremos compensarla. Ella dirá si puede agradarla un ramo de flores, o si apetece mejor un inofensivo cuento de Calleja.

Y... perdón, amados pierdetiempistas. Cualquiera se equivocó. Seamos justos al reconocer que vosotros os equivocáis con más frecuencia... y no pasa nada.

Y si no..., vamor a ver:

¿¿¿Qué pasa????

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGROÑO

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

El cabo Manuel Imperial García, y los cornetas Antonio Ortega Bermejo y Andrés García Soto, del batallón expedicionario de Alava, número 50, cuarta compañía, destacado en la posición de Bulherib (Melilla), quieren sendas madrinas de guerra.

T. S. Madrid. — Mejor le servirá de estímulo para hacer cosas mejores, el ver que ésta no ha tenido aceptación por nuestra parte.

José María Andaluz. Alcalá la Real. — Publicando sus coplas nos exponemos a las iras de los lectores. ¿Usted cree que, seriamente, con toda la seriedad que se necesita para hacer cosas cómicas, se puedan decir esas tonterías que usted titula *Poesía cubista* (1)?

«Pepe Sánchez Guerra
caza la avutarda;
a un flaco borrico
se le cae la albarda.
»Muere Dris-Ben-Said
víctima de un tiro.
¿Ardiendo el estanque
que hay en el Retiro...»

Después de esto, sólo nos queda recomendarle una temporadita en Ciempozuelos.

Máquina parlante. — Cambie de disco.

C. G. San Sebastián. — Es usted más tonto que un brioche.

Aster el Arquero. Oviedo. — Mussolini se escribe con dos eses. Y, además, a nosotros nos trae sin cuidado Mussolini. Recuerdos a Mussolini.

Por usar Licor del Polo de Orive, a Fabián García no le molestan las muelas ni de noche ni de día.

Piden con mucha necesidad y urgencia sendas madrinas de guerra los simpáticos muchachos citados a continuación:

Nilo Martínez, cabo honorario del regimiento de Infantería de Garellano, cuarta compañía, Dar Drius, Melilla; Carmelo Candamio y Eduardo Soler, estación telegráfica de Timisal (Zoco-El-Arbaa), Tetuán; Manuel Montes y Francisco Torrente, estación telegráfica de Tetuán; Juan Mauri y Gregorio Sánchez, del regimiento de Infantería de Cerinola, quinta compañía, tercer batallón, Melilla; Vicente Alcalá, cabo del regimiento de Infantería de Cerinola, Melilla; Joaquín Temes, sargento de complemento, Tizzi-Assa, Melilla (éste la prefiere joven y bonita); José Rodríguez, Jenaro Garrido y Primitivo Fornier, cabos del regimiento de Infantería del Rey, número 1, tercera compañía, segunda sección, Melilla; Teodoro Caballero, cabo de la quinta compañía del regimiento de Infantería de Llerena, Xauen, Tetuán; Antonio Mendoza Cruz, alférez del batallón de Cazadores de Ciudad Rodrigo, Mexerah, Larache; Antonio Torres, del regimiento de Infantería del Rey, número 1, primera compañía, Ben-Tieb, Melilla; Max Puig, plana mayor del regimiento de Infantería de Badajoz, Ben-Karrik, Tetuán; Juan España, Ángel Sánchez e Isidro Álvarez, telegrafistas en Zoco-El-Arbaa, Tetuán; Dionisio Aguado, aviación, Atalayón (Mar Chica), Melilla; Cipriano Fernández, de la cuarta compañía del regimiento de Infantería de Llerena, Xauen, Tetuán; Ciriaco Martín, cabo de la primera compañía del regimiento de Infantería de Llerena, Xauen, Tetuán.

R. de Lalosa. Madrid. — ¡Anda Lalosal... ¿De modo que quiere usted cobrar y todo? Le vamos a convencer de que eso es imposible. Nos manda usted una parodia de la rima de Gustavo Adolfo Volvieron las oscuras, etc., etc., y dice usted que son Dolores... ¿Dolores? ¿Por qué no Dolores? Dolores Gómez de Artiguizosa...

F. S. Pamplona. — Es usted de lo más incongruente que nos hemos echado al rostro.

Santiagoñín. Tazarut. — ¡Tan poca cosal... ¡In-sista usted!

No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

A M A D O R

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Morabet. Castellón. — Eso de las Conferencias está más gastado que un neumático Dunlop de segunda mano. Por ello, y teniendo en cuenta que no está mal hecho, le decimos solamente que haga otra cosa. ¿Ha acabado usted ya de rezar el Padrenuestro?

A. S. — Sí, señor. Vamos a decirle por qué no publicamos sus dibujos, y además se lo vamos a decir con una rapidez de película: porque son muy malos. A los caricaturistas se les puede dispensar el que no sepan Álgebra o Trigonometría; pero se les exige que sepan dibujar. Esto ya lo dijo Carlomagno.



HERNIAS
Bragueros científicos.
J. Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

Ramón. — Usted dirá lo que quiera; pero sus dibujos tienen diferentes paternidades, que se adivinan en la mala falsificación. Los chistes, como para un sepelio. Con estas condiciones artísticas, ¿aun se atreve usted a decir qué hace falta para publicar una portada, y si se puede iluminar al pastel? ¿Le parece a usted poco pastel el que ha hecho?

Los dibujos completamente infantiles de P. Abín, V. Pla, Pepe Díez y Jiménez (este último a lápiz tinta), quedan rechazados.

El dibujo de Joubert merece párrafo aparte. Sobre ser completamente ingenuo, tiene este pie, que es como para revolcarse:

«EL. — ¿Adónde vas, preciosa?

»ELLA. — Adonde a usted no le importa, curioso.

»EL. — ¡Muchas gracias, generosa!

»ELLA. — ¡No hay de qué, generoso!»

Una catástrofe marítima

Nueva York, 26. — Por despachos de la telefonía sin hilos se ha sabido ayer en esta ciudad que el vapor *Baltimore* ha naufragado a cien millas de la costa americana.

A media noche, un trasatlántico que caminaba en dirección contraria hizo sonar su sirena para evitar el choque, orzando a estribor rápidamente. Y el capitán del *Baltimore*, en lugar de permanecer en el puente, secundando la maniobra desde su buque, se bajó tranquilamente al camarote, y el siniestro sobrevino.

Este proceder, que parece absurdo y criminal, se explica fácilmente, porque el capitán bajó a limpiarse la dentadura con el magnífico dentífrico Sanolán, operación que había olvidado después de la cena. A eso debió su salvación. En la obscuridad de la noche su dentadura sanolanada brillaba intensamente, y sus salvadores le descubrieron en seguida luchando con las olas.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

Ya sabemos todos que los andaluces tienen fama de ser mentirosos; pero yo me asombré ante dos, oyéndoles contar lo siguiente:

Decía uno de ellos:
— Yo conozco a un individuo que cuando va a la peluquería tienen que ponerle sobre la mesa para poder afeitarse.

Y dijo el otro:
— Pues eso no es nada si lo comparamos con el caso de un amigo mío, que, cuando escupe, se tiene que subir en una escalera para no ahogarse.

Un ingenio. — Madrid.

A cierto doctor le contrariaba sobremanera que le llamasen a deshoras de la noche para hacer cualquier visita. Una madrugada llaman a la puerta, y grita:

— ¿Qué ocurre?
— Señor doctor, que mi hijo se acaba de tragar un ratoncito.
— Bueno; pues hágale que se trague un gato..., y déjeme en paz.

Santiago Santacrú. — Madrid.

— ¿En qué se parece uno que ha recibido un escazo en la cabeza al mar Cantábrico?

— ¡...!
— En que tiene los temporales deshechos.

V. González. — Bilbao.

En la cubierta de un barco se pasean dos señores. De pronto exclama uno de ellos, echándose mano al vientre:

— ¡Ay! ¡Qué dolor tan fuerte!
— Será pasajero — le dice su amigo.
— No; por el sitio, debe de ser tripulante.

Antonio P. Liria. — San Sebastián.

— ¿Qué hay más que un lente?

— ¡...!
— ¡El re-lente!

F. C. — Bilbao.

Entre dos niñas que hablan confidencialmente.

— Y tu papá, ¿qué hace?
— Todo lo que mamá quiere.

Tadeo Canetti. — Cáceres.

Muertos que viven.
Sobre la puerta de un cementerio de aldea leíase el siguiente anuncio:
«Aquí sólo se entierran los muertos que viven en este pueblo.»

Cipriano. — Castellón de la Plana.

— ¿Cuál es el pez que sale del mar con piropos?
— ¡...!
— El sal-monete.

José Echevarría. — Madrid.

— ¿En qué oficio tienen menos cuidado para el trabajo?
— En el de impresor, porque todos los trabajos los tiran.

Andrés Montes.

— Abuelito, ¿es cierto que en los mares del Norte los bacalaos se comen a las sardinas?

— Cierto.

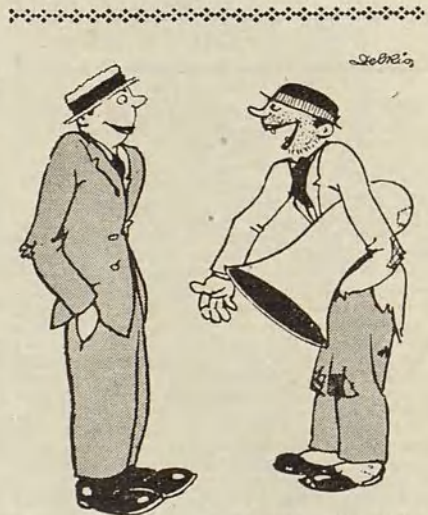
— ¿Y cómo hacen para abrir las latas?

Xitu. — Madrid.

— ¿Qué haría usted, señorita, si yo fuese su esclavo?

— Le daría inmediatamente la libertad para quitarle de mi vista.

R. R. — Badajoz.



Dib. DEL RÍO. — Barcelona.

— ¿Y saca usted mucho con eso?
— ¡Ya lo creo!... Hoy mismo he sacado ya dos duros.

— Pero ¿cómo es posible que le den tanto por tocar el artefacto?

— ¡Ca, hombre!... Es que no me pagan porque toque, sino porque no toque.

MAESTRO. — ¿Cómo se llama al hombre que mata a otro hombre?

ALUMNO. — Al que mató a papá cuando estuvo enfermo le llamaban doctor.

Ramiro I. — Madrid.

— Pues Alberto es todavía más sordo que tú.

— ¿Qué dices?

— Que Alberto es más sordo que tú.

— No te oigo.

— Que tú eres más sordo que Alberto.

Junco. — Madrid.

Un paleta que llega a Madrid por primera vez se ve acometido por tres perros furiosos. Se aga-

cha al suelo para coger una piedra para defenderse, y viendo que no puede arrancarla del suelo, exclama:

— ¡Bonito país! Sueltan los perros y atan las piedras!

Grajito.

En la comisaría.

EL COMISARIO. — ¿Y qué motivos le indujeron a apoderarse del anillo?

EL LADRON. — Porque, como tenía un gran dolor de cabeza, lo primero que se me ocurrió fue tomarme un sello.

Vicente González. — Madrid.

Un turista visita un Museo de arte.

Se detiene ante un hermoso cuadro que representa al Apóstol Santiago, *patrón de España*; éste cabalga sobre el consabido caballo blanco, y a sus pies yacen una veintena de cuerpos de moros, cuyas cercenadas cabezas tienen todas un enorme parecido, lo que llama poderosamente la atención del visitante, que así se lo hace notar al guía.

Este contesta ingenuamente al turista:
— Ha de tener presente el señor que todas esas cabezas están cortadas por el mismo patrón.

Julio Fernández y Coto. — Madrid.

— Oye, Mariana. Acércate a la pescadería a ver si hay salmonetes grandes.

— ¿Los quiere usted p'asaos, señorita?

— Qué cosas tienes, mujer; los quiero bien frescos.

— No digo eso; pregunto si los quiere p'asaos o pa fritos.

Emma Ferrari. — Alicante.

El diputado X es llamado por su jefe político y acusado de veleidad.

— ¿Que yo no tengo opiniones? ¿Pues de qué me sirve el haber pertenecido a todos los partidos?

Artagnan. — Buenos Aires.

— Vamos a ver, ¿por qué has pegado a tu hermanito?

— Porque había tres dulces: yo me he comido dos, y este tragón no ha querido dejar el otro para mamá.

X. X. X. — Bilbao.

— ¿Qué hace falta para matar una vaca?

— Que esté viva.

Siul. — Pontevedra.

— Comprendo — dice don Ramón discutiendo con un astrónomo — que, valiéndose de instrumentos especiales, hayan podido medir la distancia de la Tierra a las estrellas. Lo que me sorprende es que llamen a cada estrella por su nombre. ¿Cómo han hecho para averiguarlo?

Arturo. — León.

El premio del número anterior ha correspondido a **M. Conde, de Madrid.**

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

| | |
|------------------------|---------------|
| Trimestre (13 números) | 5,20 pesetas. |
| Semestre (26 —) | 10,40 — |
| Año (52 —) | 20 — |

PORTUGAL

| | |
|------------------------|---------------|
| Trimestre (13 números) | 6,20 pesetas. |
| Semestre (26 —) | 12,40 — |
| Año (52 —) | 24 — |

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

| | |
|-----------|----------------|
| Trimestre | 12,40 pesetas. |
| Semestre | 16,50 — |
| Año | 32 — |

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

| | |
|---------------|--------------|
| Semestre | \$ 6,50 |
| Año | \$ 12,— |
| Número suelto | 25 centavos. |

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LIQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfin y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— Canarias: droguerías de A. Espinosa. — Habana: droguería de Sará, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTE, HERMANOS, Badalona (España)



Dib. LÁMBARRI. — Zaragoza.

EL NOVIO. — No; no podemos continuar. Siento que hay algo profundo que nos separa...

Ayuntamiento de Madrid